"Temas Subversivos", un vol. de 350 págs. $ 1.50

También se vende en folletos con los siguientes títulos, a 10 centavos cada uno:

La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. —El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. —La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.

J. DEJACQUE —

"El Humanisterio" — Un volumen de 142 páginas. Pról. de M. Nettlau y E. Reclus $ 0.50

WILLIAM MORRIS —

"Noticias de ninguna parte" . . . . . " 1.—

ELISEO RECLUS —

"A mi hermano el campesino" . . . . . " 0.10

"La Anarquía y la Iglesia" . . . . . " 0.10

JUAN CRUSAO —

"Carta Gaucha". 7.a edición . . . . . " 0.10

D. A. DE SANTILLAN —

"La jornada de seis horas" — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. 28 págs. . . " 0.10

AGUSTIN SOUCHY —

"La Ukrania revolucionaria" Resultado de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920. — Uun volumen de 62 págs. . " 0.30

JOHANN MOST —

"La Peste Religiosa" . . . . . " 0.10

ANSELMO LORENZO —

"El Derecho a la Evolución" . . . . . " 0.10

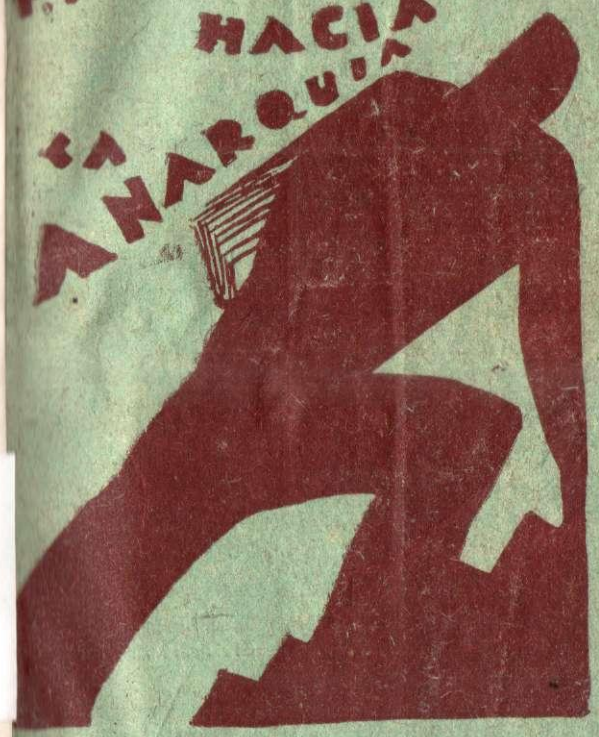
VARIOS

"Certamen Internacional de LA PROTESTA" — 160 páginas en 4.o, encuadernado en tela . . . . . " 2.—

Milano, Eduardo Primer paso hacia la anarquía

EDUARDO MILANO

PRIMER PASO HACIA LA ANARQUIA



BUENOS AIRES 1929

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU —

"Miguel Bakunin, la Internacional y [illegible] España" (1886-1873). — 132 págs. 0.50
Edición especial, papel plama . . . 1.—
Encuadernado en tela 1.50
"Errico Malatesta, la vida de un [illegible] ta". Trad. de D. A. de Santillán [illegible] págs. 1.20
Edición especial, papel pluma . . . 2 —
Encuadernado en tela 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo [illegible] lleto 0.15

RUDOLF ROCKER —

"Johann Most, la vida de un rebelde" Prólogo de A. Berkman páginas cada uno. Pr[illegible] 1.50
"La maldición del practicismo 0.10

RUDENKO —

"En Ukrania. — La sublevación popular [illegible] arquista". — Trad. del ruso [illegible] pany 0.15

JAMES GUILLAUME

"Miguel Bakunin". — (Noticias biográficas. 42 páginas 0.20

MIGUEL BAK[illegible]
(Obras comp[illegible]

I "La Revolución Soci[illegible] —
Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Trad. de D. A. de Santillán. Un volu[illegible]

UNIVERSIDAD POPULAR "ALEJANDRO KORN" BIBLIOTECA
Prof. EDUARDO MILANO
Inventario N° 1069
Procedencia Donc

El primer paso hacia la anarquía

Prólogo de Max Nettlau

PRECIO: 20 Centavos

BUENOS AIRES 1929

A-II-556

UNIVERSIDAD POPULAR
"ALEJANDRO KORN"
BIBLIOTECA
Pro
Inventario 1069
Procedencia Donc.

El movimiento obrero en España

Miguel Bakunin, la internacional y la Alianza en España (1868—1873)

Por MAX NETTLAU

Un volumen de 132 páginas en 8.° mayor

Edición popular	$ 0.50
Edición en papel pluma	$ 1.—
Edición en papel pluma y encuadernado en tela	$ 2.50

LOS PEDIDOS, ACOMPAÑADOS DEL IMPORTE,

DIRIJANSE A M. TORRENTE: — PERU 1537.

BUENOS AIRES

Eduardo Milano

Una nueva edición del "Primo passo all'anarchia" es a la vez un buen golpe de propaganda y ayuda a conservar la memoria de uno de nuestros mejores y más serios camaradas anarquistas: Eduardo Milano. Es un escrito que yo llamaría ligero y gracioso, aunque repleto de argumentación cerrada. Exento de fraseología y de inutilidades, empuña cada problema y lo torna palpable al más recalcitrante y más novicio de sus lectores. Excelente introducción a la concepción anarquista excita ,como es justo, el deseo de profundizar el asunto, y las publicaciones para ese estudio no faltan ya desde hace largo tiempo. Es que esto fué obra de un verdadero propagandista, inspirado por nuestras ideas, experto en la elección de los argumentos más atractivos, poseyendo él mismo conocimientos sólidos y presentando el asunto que le interesa vivamente, con esa insistencia modesta y tenaz y esa plena convicción que le eran propias. Ha puesto mucho de su propia personalidad, sin imponerse, claro está, pero no podía obrar de otro modo — las ideas vivían verdaderamente en él, le llenaron de su belle-

za y de su armonía, y este escrito es él mismo en la primera parte de su propaganda, en la iniciación; porque su propaganda no acaba allí, tenía por objetivo demasiado lejano la acción; pues el autor del "Primo passo" es también el que más que ninguno ha iniciado a Caserio Sante en las ideas y éste ha levantado su brazo para un acto el 28 de junio de 1894.

Del "Primo passo" apareció primero una edición hectografiada, fechada en 18 de febrero de 1892 (Lugano, 81 págs., en petit 4.o), después el mismo año anotada "prima edizione" un texto impreso, como Biblioteca del "Sempre Avanti"... N.o 6 (Liorna, 84 págs., petit in-8.o), sin nombre del autor. Una "seconda edizione" de 1894, 99 págs., es fechada también: Liorna, pero fué hecha en Lugano. En 1897 apareció una edición en Buenos Aires, 69 págs. en 12.o, en 1908 una "quarta edizione" en Spezia, 94 págs., como Biblioteca del "Libertario", N.o 8. Si hay otras ediciones italianas fuera de esas cinco, no las conozco. Una traducción española apareció en "El Corsario" (La Coruña) del 14 de mayo al 20 de diciembre de 1893, en folletón recortable (125 págs., en 16.o) y por eso, probablemente, también en folleto. En todo caso, hay todavía esta otra edición: "Fundamentos elementales de la anarquía" (Montevideo, 1900, 111 págs. en 16.o) como Biblioteca del círculo internacional de estudios sociales, N.o 4.

¿Quién fué el autor de este folleto bastante voluminoso que no ha pasado desapercibido del todo ,aunque no tuvo toda la distribución amplia que me parece merecer? Lo he conocido mucho, desde 1894 a 1898 sobre todo, pero lo he considerado como amigo demasiado contemporáneo para inquirir sobre él como biógrafo eventual. Era piamontés, de Grugliasco, en los alrededores de Turín, y en 1894, cuando le conocí, no era ya del todo joven; pero la fecha de 1851 que encuentro en un libro que se basa en las listas de los expulsados de Suiza, me parece sujeta a duda; tenía en todo el tiempo que lo conocí, hasta 1898, el aspecto mucho más joven de 40 años. Ignoro cuanto tiempo era ya anarquista y los otros detalles de su pasado, salvo que desde hacía varios años había sido uno de los propagandistas más activos y uno de los camaradas más íntimos en Milán, donde había tenido un modesto empleo de oficinista. Una fuerte miopía y una extructura física tenaz, pero no fuerte y ejercitada obstaculizaban su acción pública; fué el hombre de la propaganda directa, de la discusión íntima, de las deliberaciones y preparaciones en vista de una acción.

¿Había militado en Turín, antes de ir a Milán? ¿Había estado ya en destierro en Lugano en 1892, puesto que el "Primo passo" está fechado allí, el 18 de febrero? No lo sé, pero en todo caso pertenece a esa notable generación

de anarquistas del norte de Italia que entró en liza hacia 1890, — los Luigi Galleani, Ettore Molinari, Pietro Gori y muchos otros. Mientras que en Italia el anarquismo echó ante todo raíces en Nápoles, desde el tiempo de Bakunin y en su ambiente, por lo demás restringido entonces, a partir de 1865, después en la Romagna en 1871, una vez hecha la separación de los jóvenes romagnolos de Mazzini, el archienemigo de la Comuna de París y de la Internacional, en el norte industrial esas ideas se implantaban menos, los "legalitarios", matiz Bignani de "La Plebe", más tarde los hombres del "Fascio operaio" (1883), Constantino Lazzari y otros, los socialistas parlamentarios tenían la supremacia. Pero ocurrió poco a poco que las persecuciones, el destierro de hombres como Malatesta, Cafiero, Merlino, redujeron el ímpetu del anarquismo meridional; ocurrió también que la defección clara de Andrea Costa y la desorientación producida en los espíritus por las elecciones de Cipriani y más tarde por su socialismo revolucionario impreciso paralizaban el anarquismo en la Romagna. Entonces fué una gran dicha para esos jóvenes de 1890 que estaban más bajo la influencia de las ideas de Reclus y de Kropotkin, presentadas entonces tan brillantemente en la "Révolte" de París, que bajo la de la tradición anarquista italiana —interrumpida por la caída de Costa, la muerte de Cafiero, la ausencia en el destierro de Malatesta, — fué una gran suerte, digo, que esos jóvenes tomaran entonces resueltamente la ofensiva contra la socialdemocracia pululante y realmente pusieron por primera vez sobre bases sólidas el anarquismo en Lombardía, en Piamonte y en Liguria. Ayudados por Malatesta, desde 1889 a 1891, — periódico, congreso, viajes, — hacían frente a la vez a la socialdemocracia y al socialismo revolucionario impreciso, matiz Cipriani, y una propaganda anarquista de las más claras y avanzadas fué el resultado.

Es en ese ambiente donde Eduardo Milano ha crecido o ayudó a crear; el hecho que ya en febrero de 1892 ha podido escribir el "Primo passo" nos muestra en todo caso que ha vivido los años 1892, 1893, 1894 y probablemente ya 1891 como militante convencido. Y entre los numerosos jóvenes camaradas a quienes reafirmó en su fe y ayudó por sus consejos, estuvo Caserio Sante. Se sabe que después del sacrificio de Caserio, el 28 de junio de 1894, las persecuciones internacionales habrían querido aplastar ese ambiente anarquista milanés, del cual conocieron en primer lugar a Pietro Gori, a cuyos discursos fué comúnmente imputado el acto de Caserio entonces. Esos hechos hicieron partir a Gori, a Milano y a una cantidad considerable de otros camaradas, para Lugano, en el Ticino (Suiza) donde hallaron en el verano de 1894 un destierro que al principio les

fué grato y que creyeron breve; porque las posibilidades revolucionarias no faltaban enteramente entonces en Italia; el invierno pasado, 1893-94, había sido el de la gran crisis de Sicilia.

En el mes de septiembre de 1894 — como ya en 1893 — pasé por Lugano en pos de los rastros de Bakunin. Eduardo Milano sabía de mi trabajo en preparación y había encontrado ya las dos casas habitadas por Bakunin desde 1874 a 1876, obrando sin apoyo de documentos, guiado por la tradición local. Y me condujo a Villa Oliva, habitada antes por la familia Nathan y a veces por su huésped misterioso, Mazzini mismo; también allí se domicilió la mujer de Bakunin en el otoño de 1874 y fué recibida al regreso de sus peregrinaciones penosas de ese período, en octubre. Allí un viejo vecino nos dió bastantes detalles, luego en otra casa las damas de Arcés, de la familia del viejo d'Arcés, francés, fallecido el invierno precedente y que había conocido a Bakunin ya en 1848 en París. Encuentro todavía en mis notas, escritas el 7 de septiembre de 1894, que Milano me contó esto: había sido invitado a presentarse en casa de un comisario de policía de Lugano que le amenazó con la expulsión. En esa ocasión ese comisario vociferó que Bakunin era el primer anarquista en Lugano y que le debía todavía 90 francos — cosa muy posible; porque Bakunin debía dinero a mucha gente de Lugano y

ese comisario de 1894 ha podido ser veinte años antes un ciudadano tessinés cualquiera que más tarde como retribución de un partido político ha podido entrar en la policía. Habría agregado que Bakunin le había dado manuscritos por ese dinero, que no había leído todavía, pero que conservaba. Es posible aún que Bakunin diera algo en prenda a un acreedor que le apremiaba por su dinero. Yo no tenía ganas entonces de seguir esa pista, y recién hoy he vuelto a encontrar ese detalle que muestra las pequeñas promiscuidades de la vida política suiza de otros tiempos.

En 1895 los tiempos fueron más duros y por un nada el 29 de enero de 1895, Gori, Milano y una veintena de camaradas más fueron expulsados de Suiza por el Consejo Federal. Ese gran grupo de los amigos de Caserio no podía pensar en entrar en Francia; atravesaron pronto el territorio alemán y se detuvieron en Holanda, donde Domela Nieuwenhuis y sus camaradas les hicieron la mejor acogida; poco después desde Rotterdam partieron para el puerto de Londres. Fué ese invierno cuando desde febrero a abril no hubo ningún periódico anarquista inglés en Londres, salvo "The Torch", periódico por decirlo así privado, primero manuscrito, después impreso por amateurs, dos muchachas y un hermano joven. Pero el local alquilado por ese grupo que se ensanchó un poco entonces y se hizo más conocido — y que

desde 1896 hasta este día es el local donde se compone el viejo periódico "Freedom", — ese local se convirtió por un azar en el foco de los expulsados de Lugano para el año 1895 al menos.

Porque esos tres hermanos eran sobrinos del famoso poeta ítalo-inglés Dante Gabriel Rossetti, llegado completamente a la anarquía desde el año 1891 bajo la influencia de las ideas y de la personalidad de Kropotkin. He hablado de este episodio en mi biografía de Malatesta (trad. española, Buenos Aires, "La Protesta", 1923, capítulo XV) y remito de nuevo al libro de miss Helen Rossetti "A Girl among the Anarchists", Londres 1903, VIII, 302 páginas, 8.o, escrito con verba y buen humor, pero que no desea ser historia, y menos aún una "revelación" y, por eso, confunde intencionalmente hechos para no dar materiales a lectores inquisitivos y hostiles. Eso no impide que muchos detalles exactos se hayan conservado y que la figura de Eduardo Milano se erija con muchos rasgos íntimos ante los ojos de un lector que sabe desentrañar lo verdadero de la ficción.

Antes de entrar en ese ambiente, las primeras semanas Gori y Milano las pasaron en una habitación amueblada de las más sombrías, a algunos centenares de pasos de la casa de los Defendi donde se hospedaba Malatesta en Islington. Es allí donde volví a ver a Milano y

conocí a Gori; Lorenzo Portet y Ramón Sempau, de Barcelona, se encontraban allí también. Me recuerdo de un episodio cómico. La buena mujer inglesa que les alquilaba la habitacioncita era quizás el arquetipo de todas las caricaturas de viejas inglesas que se han hecho desde hace un siglo — podía también ser secular —y chocaba de tal modo con el sentido estético de Gori y de Milano, que no la llamaban entre sí más que: "la megera". Por otra parte esa dama antigua no había visto a alguien tan hermoso como Gori y parecía fascinada por él. No se hablaban más que por gestos, pero como yo sabía inglés, por mi intermedio esa dama pudo hablar por primera vez con Gori y le hizo las preguntas más originales sobre el tiempo que pasaba, si le agradaba Londres, si le gustaba el té fuerte o débil, etc. Ella me dijo: tell the gentleman..., diga al señor, que..., y yo traducía y Gori proclamó de inmediato en francés, diga a la bruja que... y decía las cosas más ridículas que yo debía transformar al instante en inglés cortés. Por fin dijo: diga a la bruja que se vaya de inmediato al diablo!— entonces yo traduje: el señor lamenta mucho tener que interrumpir esta conversación interesante, pero está muy ocupado. Oh, very busy —all right, dijo y se eclipsó encantada. Me había sido muy difícil contener la risa. Se comprenderá que el ambiente franco y libre y lleno de juventud de "The Torch" en Ossulston

Street era un alivio para Gori y Milano después de su experiencia con la "bruja". — Milano se alojó en la casa delante de la imprenta en ese espacio triangular que queda bajo el techo encima de la buhardilla, espacio muy conveniente para alojar palomas y que en proporción se parecía a la mitad de un cajón de cómoda. Pero él se cuidaba muy poco de todos esos inconvenientes de la vida de todos los días; era asceta si los había, no por fanatismo o por indiferencia, sino por ecuanimidad y por inteligencia que sabe separar las cosas de verdadera y de menor importancia.

Vino a verme entonces algunas veces, Gori también; íbamos juntos — yo habitaba fuera de la ciudad — a través de las praderas, del bello jardín botánico (Kew Gardens) en Bombley a casa de Kropotkin, etc. Gori se preocupaba un poco más de sus asuntos personales; pensaba en hacer representar una pieza de teatro en Londres, hizo poesías, preparó su viaje a América del Norte — que hizo como marinero, ganando así su pasaje, como marino experto de la isla de Elba que era. Milano era todo de la propaganda y, si hay que decirlo, ni Malatesta, demasiado aferrado a la organización, ni Gori, demasiado orador, le daban una verdadera satisfacción. He discutido mucho estos detalles con él entonces y siento aún que no había en él ni ambición ni rencor, ni envidia; pero su sentido de armonía, el carácter serio

y profundo de sus convicciones anarquistas le hicieron ver ciertas debilidades de sus amigos demasiado poco críticos, demasiado ciegos. Milano, por amor a la causa, les habría deseado una perfección más grande que, probablemente, la naturaleza les había rehusado. Experimentaba dolor por eso y la fuente de su desgracia futura reposa quizás ahí. En el ambiente más amplio de Milán entonces, había ido por su propio camino; en la emigración encontró opiniones ya hechas, influencias personales sutiles e insuperables; chocó contra obstáculos que no había esperado encontrar en el vasto campo libre de nuestras ideas. Eso lo hizo pensar, reflexionar y quizás amargarse. No fué de ningún modo por sectarismo, por unilateralidad, por estrechez de su parte; al contrario, creía hallar muchas de esas cualidades de restricción en otros que fueron demasiado hombres de "partido" u hombres "personales" y halló demasiado poco de esa amplitud de espíritu que buscaba y que él poseía. Leía desde hacía mucho a Proudhon que ningún otro tenía en cuenta entonces; había hecho encuadernar los recortes de la reimpresión de Bellegarrigue en el suplemento literario de "La Révolte" — yo conservo todavía sus Proudhon y ese Bellegarrigue que me ha dado más tarde—; aun siendo ardientemente "comunista anarquista" como lo muestra el "Primo passo", no quería ser sectario, no rechazó "a limine" el

individualismo, aunque lo que "se llamaba" entonces "individualismo" en ciertos ambientes anarquistas, no fué sondeado por su juicio inteligente y sobrio.

Después de una larga ausencia de Londres, en 1896 no lo volví a encontrar; como Gori, había ido a los Estados Unidos, a Paterson, donde desde julio de 1895 apareció "La Questione Sociale". Pero su esperanza de hallar un ambiente más amplio en espíritu fué decepcionado; encontró fanáticos de la organización y fanáticos de un llamado individualismo que se hicieron guerra a muerte — alguien disparó su revólver allí sobre Malatesta algún tiempo después en ocasión de tales discusiones — y se sintió más desgraciado. No pensó en imponerse, en crearse un partido, no quería que hubiese "partidos", aun admitiendo la más vasta diversidad de opiniones personales sobre la base común del verdadero amor por la anarquía.

Había estado en Bruselas en los últimos meses de 1895 y quizás todavía al volver de América. En la última de esas permanencias cayó entre ciertos "ilegalistas" muy conocidos de esa década de años a quienes veía sin prejuicio, tratando de darse cuenta del grado en que eran todavía camaradas de acción y en qué grado se habían vuelto profesionales de un género de vida que no le interesaba para sí mismo; él era el hombre más escrupuloso, delicado y frugal. En tanto que yo puedo desembrollar esas co-

sas hoy según lo que conservo en la memoria de sus largos relatos de 1898, esos hombres supieron atraerle para aprovecharse de su buen nombre y de su buena fe, por una mujer, y Milano, que penetró pronto su juego, vaciló en abandonarles a causa de esa mujer y se convirtió por algún tiempo por decirlo así en su prisionero secuestrado. En fin supo arrancarse a esa situación, después de haber sufrido mucho y al fin se fué enteramente desencantado sobre ese ambiente.

No conozco otros escritos de él fuera de "Primo passo", pero no los he buscado tampoco. Convendría examinar "L'Ordine", "Sempre Avanti" de Liorna en su serie del 2 de julio de 1892 al 13 de enero de 1894, "L'Amico del popolo" de Milán, 1891... y se encontraría sin duda algún detalle personal o colaboraciones. Me ha remitido una gran cantidad de periódicos de Milán de la época del acto de Caserio y después, fuente muy discutible, pero donde se recogerían siempre algunos detalles de interés relativo.

¡Todavía una nota bibliográfica inédita! Del famoso "L'Indicateur anarchiste", ese manual francés de la lucha revolucionaria, aparecido algunos años antes de 1890, Milano hizo un resumen hectografiado con el mismo título, 16 páginas en 4.o que, cuando lo ví en 1894, había aparecido ya clandestinamente. Y produjo un "Manuale Anarchico" parecido en italiano,

con fecha del 10 de octubre de 1895, 18 págs. en 8.o, hectografiado igualmente, sin lugar (Bruselas). Se ocupaba de esas cosas; no puedo juzgar si lo hacía con conocimientos serios; pero no era el hombre como para hacer cosas inútiles o que hubieran superado a sus capacidades. Pero su miopía creciente ha debido obstaculizar sus sueños prácticos.

Junto a la anarquía amaba sobre todo a la anciana madre que estuvo en su casa en Lugano en 1894, buena anciana casi enferma que lo amaba tiernamente. Volvió a su aldea piamontesa de Grugliasco en ocasión de sus viajes forzados por la expulsión de enero de 1895. Supo aproximadamente dos años después que ella no iba muy bien y que los de su familia que la atendían no obraban como él hubiera querido... En una palabra, a las desilusiones, por el fanatismo, el espíritu de partido, etc. de muchos camaradas, se añadió esa inquietud sobre la suerte de su madre, y cortó por lo corto esa situación insostenible volviendo directamente a Grugliasco, se le detuviese o no. No había ninguna acusación formal contra él, pero estuvo en el más alto grado vigilado localmente y sin que se le dijese, sabía que no podía quedar en Grugliasco más que al precio de renunciar por ese tiempo a toda propaganda abierta. La felicidad de su madre le valía ese sacrificio. Era siempre el hombre que sabía hacer algo incluso ante la nariz de la misma policía. Yo mismo

le he ayudado en eso, porque me había dejado varios centenares del "Primo passo", edición de Lugano, 1894, en Londres, y de una manera hábil supo hacerme llegar direcciones en Italia y yo sabía que era preciso expedir según los casos 5, 10, 15, "Primo passo", bajo faja bien hecha; ¡cuántos expedí entonces!

En el verano de 1898 fuí a pie de St-Gervais rodeando la parte oeste del macizo del Mont Blanc en Courmayeur (Piamonte), y luego viajé por Aosta a Turín. Quise volver a ver en esa ocasión a Milano, pero sin correr el riesgo de una molestia policial, inevitable si iba directamente a Grugliasco preguntando donde vivía el hombre reputado el más peligroso de la localidad, Eduardo Milano. Le escribí, pues, algunas líneas, indicando un amplio paseo en Turín, donde yo esperaría, y la carta le llegó. Consiguió burlar su vigilancia local, pero en Turín no creyó prudente verme de inmediato. Indicó eso por otro medio de que habíamos hablado en Londres, y le seguí de lejos por las partes de la ciudad en donde se sabía poco conocido. En un barrio alejado vino por fin a mí y entramos en un jardín de albergue, donde con el Asti delicioso, el buen pan y el queso pasamos un número de horas, y una vez más al día siguiente. Cuando alguien se aproximaba a la mesa, hablaba su más bello piamontés, de que yo no entendía una palabra.

Fueron aquellas buenas horas para mí y, me

atrevo a creerlo, para él también; porque había tantas cosas que decirnos y me hizo el relato de sus sufrimientos morales que he tratado de esbozar. Su amor a las ideas anarquistas estaba intacto y yo no percibí nada que hubiera indicado una mentalidad enferma; tenía buenas razones que dar sobre todo lo que le había ocurrido, en una palabra, había sido demasiado ingenuo, demasiado delicado en un mundo que es más duro y más rutinario. Después he tenido sin duda correspondencia con él, pero no tengo ningún recuerdo de cuando cesé de tener noticias suyas y no me he inquietado, creyéndole abrumado por los hastíos pasajeros, que superaría siempre por su inteligencia y su buen sentido.

Por tanto he sido dolorosamente sorprendido al saber por Malatesta en 1907 su muerte trágica en Grugliasco. Había desarrollado una manía de persecución y habría creído que un amigo en la aldea, en el que había tenido una confianza completa, le había traicionado. Entonces le habría dado muerte y se habría suicidado. Los periódicos y documentos deben conservar el relato más detallado de esta tragedia; yo no he tratado de conocerla, puesto que el resultado final era inalterable.

Pereció así, como perecieron Fanelli, Cafiero, Covelli, como perecieron Coeurderoy, Dejacque y otros por razones a las que la encuesta oficial da un nombre griego o latino, pero que para

nosotros no son enteramente extrañas a la nostalgia, al deseo insatisfecho hacia el bello país de la anarquía que esos nobles espíritus han tratado de alcanzar con una intensidad particularmente grande, — y que la rutina, las pasiones y todas las otras tristes cualidades de nuestra gran era alejan demasiado. Así desesperan y se van...

Si estas líneas han conseguido hacer un poco tangible para sus lectores la persona que ha designado el nombre de Eduardo Milano, su objetivo habrá sido alcanzado y leerán con algún interés su "Primo passo all'anarchia", darán ese paso y marcharán hacia adelante.

MAX NETTALU

EDUARDO MILANO

EL PRIMER PASO HACIA LA ANARQUIA

LA HUMANIDAD A TRAVES DE LOS SIGLOS

Hubo una época remotísima en que los hombres, no rebelados todavía contra las leyes de la naturaleza, vivían en perfecta anarquía.

En el comunismo de las riquezas naturales, en la máxima independencia entre ellos, los hombres primitivos debieron disfrutar de tal felicidad que el recuerdo de aquellos tiempos ha llegado hasta nosotros a través de millares de generaciones.

La leyenda popular cuenta cómo en aquella época los ríos eran de miel, los poetas la llamaron la edad de oro, y los fundadores de religiones, para hallar una excusa a los infinitos malestares que luego agobiaron al género humano, dijeron que el hombre había sido expulsado de aquel Edén por castigo de dioses despiadados, inexorables.

¿Cuál es la verdadera causa de los grandes males que atormentaron después, y atormentan todavía a la humanidad?

Rousseau escribió: "Maldito el primer hombre que rodeó de vallas la tierra y dijo: ésto es mío; aquél creó la propiedad y destruyó la fraternidad".

De la *propiedad individual* nació la diferencia de intereses que dividió a los hombres y les arrojó en lucha perenne entre ellos; lucha que creó el poder, la clase de los gobernantes y de los gobernados, de los opresores y de los oprimidos, de los ricos y de los desheredados, de los explotadores y de los explotados. Lucha que, comenzada entre hombre y hombre, se extendió a la familia, a la tribu, a la comuna, al Estado.

Desde entonces en adelante la historia de la humanidad fué una odisea nunca interrumpida de sufrimientos atroces.

Las pirámides de Egipto, que desafían desde hace millares de años la obra destructora del tiempo, las grandiosas ruinas de la India, de la antigua Grecia, de Roma, nos recuerdan el lento martirio de millares y millares de esclavos, puestos fuera de la ley, vendidos y comprados como bestias de carga, dados como pasto a las fieras en los espectáculos públicos.

Pasa la civilización egipcia, pasa la india, pasa la griega, pasa la romana y, finalmente, la esclavitud es abolida.

¿Será la edad media la era de la verdadera igualdad, de la justicia social entre los hombres? ¿Cesará el hombre de oprimir al hombre? ¿Se darán los pueblos el beso de la fraternidad?

Surgen nuevos sacerdotes que, en el nombre de un dios de paz y de amor, consagran nuevas tiranías; y el esclavo no hace más que cambiar de nombre. Es llamado siervo de la gleba. Es ligado a la tierra del señor feudal, del clero. Con la tierra, los animales y los utensilios de trabajo forma una sola

propiedad, que pasa de padre a hijo, de patrón a patrón. Trabaja el terreno a que está adscrito, y en compensación recibe una parte mínima de la cosecha, lo suficiente para no dejarlo morir de hambre.

Pasa la edad media. Los oprimidos, los siervos de la gleba amenazan romper las cadenas y los déspotas se ven obligados a declarar al siervo de la gleba libre de toda servidumbre forzosa, dueño del pedazo de tierra regado con tantas lágrimas por él y por sus antepasados.

¿Y será finalmente libre, feliz?

¡Vana ilusión esta vez también!...

Clero y gobierno son siempre dueños de las tres cuartas partes de la tierra, conservan una infinidad de privilegios mantenidos por infames leyes, en virtud de cuyos privilegios roban a mansalva a los míseros súbditos, los tiranizan.

Poco a poco el pedazo de tierra del siervo emancipado es absorbido por la gran propiedad a causa de los impuestos enormes y de las malas cosechas.

Desnudo, hambriento, el colono se encuentra constreñido a vender los brazos al mejor postor por una merced irrisoria. Comienza el ascenso del nuevo calvario, y en lo sucesivo toma el nombre de salariado.

Pero entre los millones de colonos emancipados de la servidumbre de la tierra, hubo un cierto número a quien sonrió la fortuna: se convierten en acomodados.

Es la nueva clase de privilegiados, la clase burguesa que sube atrevidamente las gradas de la riqueza.

En Francia particularmente las plebes desilusionadas, hambrientas, andrajosas, giran por las campiñas llenando el aire con el alarido del hambre, de la desesperación.

Sus gritos, su estado mísero, no valen para enternecer el corazón petrificado de los nobles y del clero, nadando en oro y despreciativos porque se sienten

confiados en los ejércitos que tienen para su defensa.

"¿Ves allí a los privilegiados, a los explotadores, a los tiranos, a los asesinos del pueblo? — dice el burgués al obrero. Pues bien, ayúdame a echarlos abajo del gobierno, haz que yo suba a su puesto, y disfrutarás de todo bien".

El obrero acepta, y la revolución estalla en el nombre de los derechos del hombre, de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad (1789).

Con el triunfo de la revolución francesa que se extendió a toda Europa, los latifundios inmensos, los inmuebles del clero y de la nobleza, pasan a la actividad burguesa.

La burguesía en lo sucesivo es la que gobierna, la que hace las leyes, y con ella resurge el capital que desde hace millares de años gobierna bajo nombre diverso y bajo diverso aspecto.

El capital con la burguesía, viendo en la agricultura, en la industria, en el comercio un campo enorme de especulación, de explotación, movido por la sed creciente del oro, se dispuso a aquella actividad que en breve tiempo le debía crear tan triste fama.

Surgen como por encanto colosales establecimientos a los que acude el artesano arruinado por la naciente gran industria, y el colono.

Por todas partes hierve la lucha (concurrencia) entre capital y capital, lucha hecha enteramente a expensas del trabajador, lucha que consiste en producir mucho, mucho y barato para aplastar al adversario. Lucha que, favorecida por el empleo siempre creciente de las máquinas, engendra la superabundancia de producción, la crisis, el número enorme de desocupados, la rebaja de los salarios, la miseria inexorable, terrible, junto a la opulencia del capital, arbitrio soberano.

¿Qué importa en lo sucesivo al señor burgués, al capitalista, que un obrero, sea varón o mujer, viejo o joven, malogre la salud en un trabajo superior a

sus propias fuerzas, inapropiado, malsano; en un trabajo que lo condena antes de tiempo al hospital? ¿Qué importa al amo burgués que el salario con que retribuye la mano de obra del trabajador sea insuficiente para satisfacer las necesidades suyas y de su familia?

¿Que sucumbe un obrero?

Sabe que otros diez, cien, mil, diez mil acudirán de lejanos países, flacos, tiritando, hambrientos, a disputarse a dentelladas el pedazo de pan, el escaso salario.

¡Pobre asalariado, pobre trabajador! La burguesía ha encontrado la manera de domesticarlo por el hambre, como se domestican las bestias feroces; ¡y decir que habéis mezclado vuestra sangre, que juntos habéis hecho la revolución (1789) en nombre de los derechos del hombre, de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad!

SOCIALISMO ANTIGUO, SOCIALISMO MODERNO, SU BASE Y SU OBJETIVO

Hace más de 3.000 años Platón, y después de él muchos otros filósofos, como Pitágoras, Campanella... idearon sociedades en las que los hombres, viviendo en la comunidad de bienes y del trabajo, habrían resuelto el problema de la justicia social.

Sus teorías se apartaron del tiempo en que fueron expuestas, por la simple razón que el progreso social y moral no había llegado al punto de consentir que fuesen discutidas y menos realizadas.

Con la revolución francesa (1789) el progreso social preparó el terreno al socialismo moderno, que pronto se difundió en las masas y se dirigió constantemente a la próxima e inmediata realización del gran ideal.

Babeuf es el fundador del socialismo moderno.

Descubriendo que la razón principal de los desastres que afligían desde hacía tantos siglos a la humanidad, estaba en el derecho inviolable de propiedad individual, nuevamente sancionado por la clase burguesa, que subió al poder con la revolución (1789), Babeuf predicó abiertamente la revolución contemporánea, la propiedad común y la igualdad social que le sucedería, o igualdad de bienes, de fortuna, si se quiere decir así.

Falta por decir que el republicano gobierno burgués se apresuró a hacer guillotinar a Babeuf y a sus apóstoles; pero la semilla del socialismo por él arrojada y regada con sangre, no tardó en germinar en el espíritu del pueblo.

La propiedad común de la tierra y de los instrumentos de trabajo: He ahí la base fundamental del socialismo antiguo; he ahí la base del socialismo moderno.

No se es socialista si no se admite como punto de partida la propiedad común de la tierra, comprendidas las casas y los instrumentos de trabajo.

Objetivo del socialismo es garantizar a todos los hombres indistintamente la máxima libertad, la máxima satisfacción de sus necesidades, el máximo bienestar.

COLECTIVISMO LEGALITARIO

Después de Babeuf fueron varias las escuelas socialistas que siguieron, capitaneadas casi todas por ingenios poderosos, como por ejemplo Saint Simon, Fourier, Collins, Owen, Proudhon, Carlos Marx, Bakunin, Lassalle y otros.

De esas diversas escuelas se afirmaron dos universalmente y ahora más que nunca se disputan el terreno.

Esas dos escuelas se han delineado tan bien, que ahora basta decir: *Socialista* para significar socialista colectivista legalitario; y basta decir: *Anarquista* para significar socialista comunista anárquico.

El colectivismo legalitario es el foco en torno al cual giran más o menos las diversas escuelas desde 1835 con Collins a 1864.

Los socialistas colectivistas legalitarios quieren:

1.° La propiedad común de la tierra y de los instrumentos de trabajo;

2.° El reparto del producto del trabajo colectivo, a cada individuo según el trabajo hecho;

3.° El gobierno depositario de la propiedad común y administrador de la misma.

Escribía Saint-Simon: "Hasta hoy, el hombre ha explotado a su semejante: patrones y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, propietarios y campesinos, trabajadores y esclavos; he ahí la historia progresiva de la humanidad hasta nuestros días: asociación universal, he ahí nuestro porvenir. A cada uno según su capacidad y su trabajo, he ahí el derecho nuevo que reemplazará al del nacimiento y de la conquista. La propiedad, la herencia, constituyen privilegios que deben desaparecer. Los capitales de toda naturaleza y los instrumentos de trabajo deben pasar a manos del trabajador".

Veamos, sin embargo, en sus líneas generales, cuáles son las reformas que los socialitas colectivistas legalitarios entienden introducir en la sociedad; cuál el sistema de organización social que, según los mismos, debería sustituir al presente.

Derribados los presentes gobiernos, dicen los socialistas colectivistas legalitarios, se pasaría a la formación inmediata del gobierno socialista; por eso el pueblo, la gran masa de los trabajadores, pensará en el nombramiento de sus representantes — diputados — que habrán de formar el nuevo gobierno, las nuevas leyes.

El primer deber que tendrá el gobierno socialista, será el de decretar inmediatamente la abolición del

derecho de propiedad individual y proclamar la *propiedad común*.

Con la proclamación de la propiedad común, nadie más podría poseer, a excepción de los objetos de necesidad personal, como los muebles de la casa, los vestidos, etc., etc.

El gobierno se convertiría en el único depositario de las riquezas todas, es decir, de la tierra, de las fábricas, de las máquinas, de los ferrocarriles, de las viviendas.

El gobierno socialista, siendo custodio, y, digamos también, dueño de la propiedad común, pensaría en hacer funcionar las fábricas, en hacer cultivar los campos... organizando escuadras de trabajadores mecánicos, agricultores, etc., precisamente como lo hace el gobierno actual en las fábricas militares, en los arsenales marítimos, en las fábricas de valores, en los ferrocarriles.

Obtenida la igualdad social por medio de la proclamación de la propiedad común, el gobierno socialista, además de procurar trabajo a los obreros desocupados, debe procurarlo a todos los burgueses y además a los proletarios que hoy ejercen una profesión inútil, como son los millones de soldados, carabineros, criados, etc.; por tanto tendrá que reducir con mucho la jornada de trabajo para no producir más de lo que se necesita.

Supongamos que la jornada de trabajo fuese reducida a cinco horas.

Todo obrero, hecha su jornada de trabajo, recibiría de la dirección del núcleo en que se haya inscrito, un bono de trabajo que equivaldría en mercaderías al artículo hecho en las cinco horas diarias.

Con ese bono de trabajo o bono de cambio, según, se quiera llamar, él, el obrero, podrá ir a los depósitos del gobierno, que serán más o menos numerosos, más o menos grandes, según la población de las

diversas comunas, y allí compraría cuanto le hace falta.

Pagaría una hora de trabajo, por ejemplo, por un par de pantalones, cuatro horas de trabajo por una almilla; podría adquirir por un cuarto de hora pan, por diez minutos tabaco, por dos minutos fósforos... pagaría dos horas al mes por una habitación, diez horas por cinco habitaciones.

El dinero, como se ve, sería abolido, y en su lugar habría bonos de trabajo divisibles hasta el minuto.

¿Y el que no quisiera trabajar en el colectivismo legalitario?

El que, pudiendo, no quisiera trabajar, no recibirá bonos de trabajo y sufrirá las consecuencias.

¿El que quisiera trabajar sólo tres horas al día?

Sería muy dueño de hacerlo, pero recibiría por día un bono de sólo tres horas y debería contentarse con consumir por el equivalente de las tres horas del trabajo hecho.

¿Si uno cayese enfermo?

Como hoy en las Sociedades de socorros mutuos, en el colectivismo legalitario, si uno cayese enfermo, previa declaración médica, recibiría igualmente el bono representante de la jornada entera de trabajo, y también más si la enfermedad lo exigiese.

¿Y el que es inepto para el trabajo?

Al que es inepto para el trabajo, por desgracia como por nacimiento, el gobierno socialista le pasaría una pensión lo mismo que hoy el gobierno burgués pasa una pensión a los que son incapaces para el trabajo a consecuencia de heridas recibidas durante el servicio militar, etc.

¿Los viejos?

Como hoy el gobierno pasa una pensión a los que por un dado número de años han prestado servicio en el ejército, en la guardia civil, en las guardias carcelarias, en los empleos gubernativos, el gobierno socialista estaría en el deber de pasar una pensión

a todo ciudadano que haya llegado a cierta edad. A los cincuenta años, por ejemplo.

¿Quién hará de sepulturero?

Estas profesiones serán compensadas por el gobierno socialista, de tal modo que baste para que alguno halle la conveniencia de hacerlas.

Cuando eso no bastase, se haría por turno o a suerte, como se practica entre iguales.

Sin decir que el gobierno socialista debería sustraer una parte del trabajo colectivo para emplearla en las obras públicas, etc.

Tales son las principales reformas queridas por los socialistas colectivistas legalitarios.

¿Es realizable el colectivismo legalitario?

Es bien realizable, y es por eso precisamente que nosotros estamos en el deber de combatirlo como un grandísimo peligro que no garantiza aquella igualdad social, aquella libertad, aquel bienestar y aquella paz a que tiende el humano progreso; siendo el único medio que se presta fácilmente a la burguesía para engañar y mistificar al pueblo, como ha hecho en la revolución de 1789.

Tanto es verdad el aserto, que el colectivismo legalitario, al principio combatido desleal y encarnizadamente por la burguesía, hoy, a causa del avance amenazador del comunismo anárquico, lo vemos abrazado desesperadamente por burgueses de todo color.

Clericales, ortodoxos, librepensadores, monárquicos, republicanos, demócratas, todos hacen más o menos abiertamente profesión de socialistas, todos son ya colectivistas legalitarios.

COLECTIVISMO

Los socialistas legalitarios toman el nombre de colectivistas porque quieren que el producto del trabajo hecho por todos, no sea declarado propiedad común lo mismo que la tierra y los instrumentos de labor, sino que sea distribuído a cada uno según el trabajo

que haya hecho y que quede propiedad individual exclusiva.

Por eso adoptan las fórmulas: "El producto al productor, a cada uno según el trabajo realizado; cada uno según la propia capacidad", etc., que tienen todas el mismo significado.

Supongamos por tanto que estamos en pleno colectivismo.

El gobierno socialista ¿puede tener en cuenta la capacidad de cada individuo, puede establecer la justa medida de la retribución? ¡Imposible!

Buscará el remedio en el establecimiento de categorías arbitrarias de obreros, es decir, echará las bases de la injusticia y del descontento.

Los obreros asociados en cooperativas de trabajo, pueden decir algo al respecto.

Aun admitiendo que tal valoración se pueda hacer equitativamente, ocurrirá que Ticio, que es inteligente, ganará, supongamos, diez, mientras Cayo, que tiene la desgracia de ser tardío ganará solamente cinco. Tampoco esto es justo.

¿Es que en el colectivismo la fuerza bruta de Cayo no es tan útil como la de Ticio? ¿En cuántas familias es practicado hoy semejante sistema? ¿y podrá subsistir en la gran familia humana del porvenir?

Hay socialistas colectivistas que, en consideración a las razones por nosotros aducidas, no admiten distinción de retribución entre trabajos y trabajadores.

Ticio, el ingeniero que prepara el dibujo de la máquina, trabajando cinco horas, recibe del gobierno socialista un bono que representa el mismo valor que el de las cinco horas hechas por Cayo, el cual ha hecho escasamente el más simple engranaje de la misma máquina. En este caso la retribución es hecha en razón de las horas de trabajo, y no se tiene en cuenta la diferente capacidad de cada individuo.

Ahora bien, suponiendo que la jornada de trabajo sea de cinco horas, ¿si Cayo no puede cumplir la jor-

nada entera, a causa de su físico débil, y si, por las mismas razones u otras, las cinco horas diarias de trabajo no bastasen para satisfacer sus necesidades, mientras podría darse que Ticio tuviera demás?

En este caso Ticio tendrá un incentivo para malgastar o para acumular, y por otro lado un Sempronio cualquiera hará usura con Cayo, necesitado, capitalizará, y a las barbas de la ley que en el socialismo declaraba abolido el derecho de sucesión, los hijos de Sempronio heredarán el capital por él acumulado. (V. Kropotkin, *El Salariado*).

¿No os imagináis ver fabricar en colectivismo hasta falsos bonos de trabajo?

En el colectivismo, objeta alguno, los bonos de trabajo serían cambiados cada año, etc. Está bien. Pero ¿no se podría igualmente capitalizar objetos de valor?

Desde cualquier punto que se considere, el colectivismo no resulta basado en la perfecta solidaridad, y no hace falta decir que no estando basado en la perfecta solidaridad, además de dejar subsistir con el dinero — bono de trabajo — el germen del egoísmo y de la rivalidad, fuentes de todo mal, tendrá siempre necesidad de un gobierno, para sofocar toda libre iniciativa, para funcionar discretamente, y necesitará un mecanismo burocrático administrativo enorme, costosísimo. Tendremos además capital y gobierno unidos íntimamente; lo que nos llevaría al colmo de la centralización y del despotismo.

II

COMUNISMO ANARQUICO

Después de haber reverberado en una gran cantidad de escuelas; después de haberse afirmado universalmente en la Asociación Internacional de los Trabajadores (1864), y después de haber echado, con tal acción, las bases de la fraternidad y de la solidaridad entre los desheredados de todo el mundo;

después de haber sufrido el bautismo purificador de sangre y de fuego en la comuna parisiense (1871), el ideal del socialismo surgió más fúlgido, diré también, sublimizóse en el comunismo anárquico.

Fué un progreso inmenso el de la afirmación del socialismo en el comunismo anárquico; tanto que, repito, bajo la bandera del colectivismo legalitario, única superviviente de las viejas escuelas, se recogen hoy todas las fuerzas reaccionarias aliadas; los ambiciosos, los egoístas, los déspotas, los explotadores, los obscurantistas del mundo entero.

El comunismo anárquico, última expresión del progreso moral, social, filosófico y científico, sustituye el gobierno por la libre asociación; la patria por la fraternidad y la solidaridad universal; el contrato matrimonial por la familia anarquista; las leyes positivas por la ley moral natural; dios por la ciencia.

Dicen los socialistas comunistas anarquistas:

Derribados los presentes gobiernos, abolida la propiedad individual, proclamada la propiedad común, la fraternidad y la solidaridad universales, nos guardaremos bien de elegir nuevos representantes — diputados —, nos guardaremos bien de formar un nuevo gobierno. No más representantes investidos con el poder autoritario, no más gobierno en el comunismo anárquico. La palabra *anarquía* significa ausencia absoluta de gobierno.

Admitida la ausencia absoluta de todo gobierno ¿de qué modo será organizada la sociedad en el comunismo anárquico?

"Si pretendiésemos dar una solución oficial a todos los problemas que se presenten en la vida de la sociedad futura, dice Malatesta, entenderíamos la abolición del gobierno en un sentido verdaderamente extraño. Nos declararíamos gobierno y prescribiríamos a modo de los legisladores religiosos un código universal para los hombres del mañana".

Abolidas las fuentes principales de los males pre-

sentes, como son la propiedad individual y el gobierno ¿qué mente sería capaz de predecir las necesidades que se impondrán a la comunidad futura libremente organizada?

Abolida toda suerte de gobierno, proclamada la propiedad común en el comunismo anárquico, toda comuna, todo grupo pensará en la propia administración, en el propio gobierno; es decir, cada comuna, cada grupo sería *autónomo, independiente;* obraría por sí mismo. Para producir, los ciudadanos de las diversas comunas, de los diversos grupos, se asociarían libremente en fracciones divididas por artes y oficios, como hoy tenemos un ejemplo en las sociedades cooperativas de trabajo.

En las mismas comunas, organizaciones apropiadas proveerán a la administración de los almacenes alimenticios, de las escuelas... Pero, nótese bien, también en las comunas anarquistas debería ser abolida absolutamente toda autoridad, todo código, todo tribunal (1), no siendo estrictamente necesario un poder autoritario, una ley escrita para garantizar la sociedad contra los pocos que en el comunismo anarquista tuviesen predisposición para el delito.

"Los buscadores de oro en las minas de la América occidental y de Australia, dice Max Nordau, encargáronse ellos mismos de su protección formando los llamados "comités de vigilancia" y, sin ninguna pompa autoritaria, reinó entre ellos el orden perfecto"

Hemos dicho que en el colectivismo el trabajo hecho en común sería objeto de cálculo y, por tanto, mediante los bonos de trabajo, distribuídos a cada individuo según el trabajo hecho, etc.

En el comunismo anarquista, el producto del trabajo colectivo será declarado propiedad común junto con la tierra, las casas y los instrumentos de trabajo, y por tanto no hay ninguna valuación más del producto del trabajo, ningún reparto, según el modo

indicado por las fórmulas colectivas, ningún valor de cambio.

Un valor de cambio, llámese lira u hora de trabajo, es siempre una moneda, y mientras exista la moneda, existirá el incentivo brutal del egoísmo, gangrena horrible que corroe el corazón del hombre desde hace tantos siglos.

Abolida completamente toda valoración del trabajo, todo valor de cambio, toda especie de moneda; proclamada la federación y la solidaridad entre las comunas anarquistas, ¿de qué modo será regulado el consumo del producto del trabajo declarado propiedad común? ¿de qué modo se practicaría el intercambio?

En la anarquía, dijo Proudhon, sustituiremos la centralización política por la centralización económica. Podría por consiguiente ser instituída una administración central temporal sin autoridad de ninguna suerte (2).

Esa administración tomaría los modelos de producción que las comunas anarquistas le enviasen, pongamos por caso, cada mes; haría un resumen complexivo de los diversos géneros producidos por las distintas comunas, y sobre la base de ese resumen regularía el intercambio, indicaría la parte que corresponde a cada comuna.

Toda comuna, todo grupo, recibida la propia parte de azúcar, de tejidos, etc., puesta una parte en los grandes almacenes de reserva, permitirá que se consuman a voluntad los géneros en superabundancia, y pasaría a la división de los productos cuya producción fuese limitada.

"División según las necesidades, dando preferencia a los niños y a los viejos, a los débiles, en suma, y todo eso consumido, no en la marmita social, sino en la propia según los gustos individuales, en compañía de la familia y de los amigos". (Kropotkin).

El intercambio de los productos podría ser practicado por simple pedido de las comunas, basándose

en el ejemplo de la producción complexiva, publicado mensualmente por la administración central o podría también ser regulado por la administración misma.

En cuanto a los géneros de que es imposible el intercambio, los habitantes de cada comuna proveerán a los propias necesidades.

Así podría ser al comienzo en la anarquía. Todo esto es muy sencillo y muy práctico; millares de veces más sencillo y más práctico que la organización social querida por los socialistas colectivistas legalitarios con su famoso gobierno.

Es una entre las tantas ediciones de la historia del huevo de Cristóbal Colón.

Al surgir la anarquía, los ingenios selectos, independientes, quedarán fascinados y proclamarán la buena nueva.

Burlados por la ignorancia, hostilizados por los cobardes, calumniados por los ambientes hipócritas, combatidos con todo medio por el torpe egoísmo burgués, traicionados por gentes más viles que Judas, no se desanimaron y la noble idea progresó al precio de sangre de mártires que a millares dejaron la vida en las horcas, en las heladas landas de Siberia, en los presidios de Caledonia... ¿Caía uno? ¡surgían cien! y ahora son millones los esclavos de los cuarteles, los parias de los campos y de las fábricas, los desposeídos, los que en nombre de la ciencia y de la ley moral natural propician la era de la verdadera igualdad, de la verdadera fraternidad y de la verdader solidaridad.

Es la anarquía la que triunfa, es la eterna ley del progreso la que prosigue fatalmente su camino, abatiendo leyes injustas, viejos prejuicios, gobiernos despóticos, todo eso, en una palabra, que tiende a detener la carrera vertiginosa de la humanidad hacia un porvenir mejor.

COMUNISMO

Los socialistas anarquistas se dicen comunistas porque quieren que el producto del trabajo colectivo, es decir de todos, forme parte de la sociedad común lo mismo que la tierra, las casas y los instrumentos de trabajo; y que sea distribuído a cada individuo según las propias necesidades, sin que se tenga en cuenta su capacidad, etc. Por eso la fórmula colectivista: *"a cada uno según el trabajo hecho y la propia capacidad; el producto es del productor"*, etc., los anarquistas la sustituyeron por esta otra: *"de cada uno según las propias fuerzas, a cada uno según las propias necesidades"*.

Tal es precisamente la vieja fórmula del comunismo anárquico, que significa: en la gran familia anarquista, el hombre, libre de toda traba, trabajará en el límite concedido por las propias fuerzas y por la propia inteligencia y tendrá derecho a satisfacer humanamente todas sus necesidades (3).

Pero apresurémonos a agregar que dicha fórmula no corresponde ya a los progresos de nuestras teorías.

Veamos en efecto.

Los individuos en el comunismo, siendo un deber, teniendo la obligación de trabajar cada uno según las propias fuerzas, etc., ¿queda subentendido que se necesitaría un deber, una obligación que cumplir? ¿dónde existe un contralor? Además: ¿es posible, no tiene inconvenientes ese contralor? ¿Quién lo ejercerá? ¿y quién nos garantiza que de tal control, de tal apariencia de gobierno no nacerá una nueva forma de despotismo? El comunismo se realizará sin duda porque indudablemente los hombres encontrarán la conveniencia de practicarlo, pero para que aporte los frutos que de él esperamos, es preciso que tengamos cuidado de acoplarlo a la máxima libertad.

Escribieron Cafiero y Covelli: "De cada uno y a

cada uno según la propia voluntad", o en otros términos: "Haz lo que quieras".

He ahí la fórmula última del comunismo mediante cuya actuación los individuos todos, indistintamente, podrán alcanzar el máximo grado de libertad imaginable, posible. He aquí la fórmula que en interés recíproco, los trabajadores encontrarán pronto la conveniencia de practicar.

Haz lo que quieras. Solamente con esta condición encontrará cada individuo una existencia completa, desarrollándose en los límites de su naturaleza y "disfrutará con alegría intensa del propio yo".

A los burgueses nacidos y crecidos en un ambiente todo egoísmo, les parece imposible que el hombre pueda encontrar impulso para el trabajo sin el estímulo del egoísmo mismo.

Suprimido completamente el interés individual, la utilidad directa, resorte de la presente actividad, ¿qué estímulo encontrarán todavía para el trabajo los individuos en el comunismo anárquico?, dicen.

Respondemos:

Dada la rapidez extraordinaria con que las tendencias, los hábitos, los usos, los gustos del hombre se modifican cuando el ambiente en que vive es cambiado de improviso, completamente; dada la educación y la instrucción integrales generalizadas, dado el desenvolvimiento de los nuevos principios morales, dada la reciprocidad de intereses, dadas las invenciones, los perfeccionamientos y la misma aplicación de las máquinas, que producirán una economía enorme de fuerza humana; dado el espíritu de emulación que hoy mismo crea ya héroes en la guerra, celebridades en el arte, en la ciencia, en el comunismo la actividad humana seguirá indudablemente el máximo grado de desarrollo, dará los mejores frutos en los campos de la industria como en los de la ciencia y del arte.

Bien venga el comunismo anárquico a purificar el ambiente apestado por el egoísmo burgués, bien venga a derribar los instrumentos odiosos de las presentes y de las pasadas tiranías político-económicas.

El pueblo, "esta gran fuerza de la naturaleza", edificando sobre las ruinas todavía humeantes del viejo despotismo, no tardará en cubrir el globo con las maravillas de la propia producción.

LIBRE ASOCIACION Y SOLIDARIDAD

Las leyes fijas, consustanciales de la naturaleza eterna, con que ésta se gobierna en su conjunto infinito, toman diversos nombres según los fenómenos que determinan. Tenemos así las leyes físicas, las químicas, etc.

El reino animal, y con él la humanidad, no siendo otra cosa que un fenómeno natural, su existencia está subordinada, no sólo a las leyes ya señaladas, cuyo complejo nos presenta el orden admirable de la naturaleza-universo, sino que tiene leyes propias que determinan su desenvolvimiento progresivo en fenómenos secundarios.

Entre estas leyes está la de la asociación y la solidaridad.

Numerosísimos son los ejemplos de libre asociación y también de solidaridad que nos son dados por los insectos, por los peces, por los reptiles, por los pájaros y por los mamíferos; entre los cuales se distinguen de modo particular las hormigas, las abejas, las grullas, los pelícanos, los caballos, los bisontes y los perros en el estado salvaje; los papagayos, las marmotas, los castores, los monos.

"La libre asociación y el apoyo mutuo, son leyes de la naturaleza, tanto como la lucha por la existencia.

"Los animales más sociables son los más aptos y la sociabilidad aparece como el factor principal de la evolución, asegurando directamente el bienestar de

la especie, promoviendo indirectamente el desarrollo de la inteligencia" (Kropotkin).

El hombre, animal superior, es eminentemente sociable y por consiguiente está dotado de los sentimientos de fraternidad, solidaridad, etc., que son producto natural de la sociabilidad. Lo testimonian "la hospitalidad de los pueblos primitivos, el respeto a la vida humana, el sentimiento de reciprocidad, de compasión por los débiles, la bravura hasta el sacrificio de sí mismo en el interés de los otros, que se aprende a practicar primero hacia los niños y los amigos y más tarde hacia la comunidad, — cualidades todas que se desarrollan en el hombre anteriormente a las leyes e independientemente de toda religión, como en todos los animales sociables" (Pedro Kropotkin, "Palabra de un Rebelde").

Pero hay que notar además que en el género humano, apenas en la primitiva comunidad de bienes, se introdujo la propiedad individual y con ella el antagonismo de intereses; en la libre asociación y en la solidaridad entre iguales, con el gobierno se introdujo el despotismo, la explotación de los pocos privilegiados, los asociados más astutos y más fuertes, sobre los muchos, los débiles y los ignorantes.

Tal es el espectáculo mísero que durante millares de años nos presentó la sociedad basada en el egoismo, en la dominación, en la explotación; tal es el espectáculo que nos presenta todavía.

Inutilmente buscaremos un ejemplo de semejante barbarie entre las diversas asociaciones de animales inferiores a la propia especie.

Pero, desde hace muchos años, en el seno mismo de los viejos gobiernos, en víspera de su descomposición vemos desarrollarse un principio de libre asociación y de solidaridad entre los obreros completamente nuevo, enteramente humano y, por negativos que sean los resultados, de suma importancia para el sociólogo moderno.

Gracias al mencionado principio de libre asociación y de solidaridad en la Babilonia del moderno organismo social, los trabajadores se asocian a menudo, espontáneamente y no ya con la intención de dominar y de explotar a su prójimo, como ha sido casi siempre en el espíritu de los hombres que componen las antiguas clases privilegiadas, sino con el propósito de sustraerse a la dominación, a la servidumbre, a la explotación de ellas; con el propósito de satisfacer la imperiosa necesidad de instruirse, de educarse moral y físicamente.

Tenemos así las asociaciones de trabajo, de consumo, de socorro mutuo, las ligas de resistencia, las cámaras del trabajo, los círculos recreativos, los círculos de estudios sociales, las escuelas nocturnas de dibujo, de idiomas, de matemáticas, las palestras de gimnasia, compuestas todas por individuos libremente asociados.

Con las asociaciones de trabajo, de consumo, con los círculos recreativos, los obreros tienen una prueba de la posibilidad de escapar completamente a la explotación del capital industrial, territorial y comercial, valiéndose de la libre asociación practicada universalmente, de la cooperación y de la puesta en común de todas las riquezas.

Con las sociedades de socorros mutuos tienen un ejemplo minúsculo de los inmensos beneficios que obtendrá el género humano del pacto de solidaridad.

Por último, con las asociaciones de trabajo, de consumo, de socorro mutuo, con los círculos recreativos, etcétera, los obreros tienen un ejemplo de cómo mediante la libre asociación y el pacto de solidaridad universal, no sólo es posible, sino fácil la organización de la sociedad futura, apenas se declare la propiedad común.

Las asociaciones de trabajo tienen, a nuestro modo de ver, una importancia especial. Son pobres obreros, tipógrafos, mecánicos, carpinteros, albañiles, si-

lleros, zapateros, etc., que al precio de inauditos sacrificios, algunas veces, no obstante las crisis industriales y comerciales en permanencia, consiguen asociarse, implantar un tallercito, trabajar por cuenta propia, obrar por sí mismos.

Tomemos por ejemplo los jornaleros.

"Son los más pobres entre los asalariados, los más infelices, los más oprimidos, son los trabajadores de la tierra, los de los caminos, los obreros de la azada que sufren el hambre crónica con alguna lira al día.

"En Romagna antes, después en la provincia de Reggio Emilia y en el Polesine, y ahora también en el Vercellese, van formándose las sociedades de braceros, las cuales, poco a poco, sustituyen a los empresarios en la asunción de las obras públicas". (Del *Secolo*, de Milán, 1890).

¿Y las libres asociaciones de trabajo entre los obreros agricultores?

El grande, el inmortal Proudhon había escrito: "El trabajo agrícola es el más salubre desde el punto de vista de la moral y de la higiene, y respecto al ejercicio intelectual es el más enciclopédico.

"Por todas estas consideraciones el trabajo agrícola es el que exige menos, digamos mejor, el que rechaza con mayor energía la forma societaria. No se ha visto nunca a los campesinos formando una sociedad para el cultivo de sus campos, ni se verá nunca".

Ahora bien, Proudhon se engañaba. La libre asociación ha traspasado sus atrevidísimas previsiones.

Tenemos las pruebas en las colonias agrícolas.

Es imposible quedar indiferentes ante los resultados, por mezquinos que sean, que nos da el principio asociativo, de cooperación y de solidaridad entre los obreros, principio que nos anuncia para breve plazo una radical transformación de la sociedad presente.

En un próximo porvenir, gracias a la libre asociación, a la cooperación y a la solidaridad universal, los hombres gozarán todos igualmente de los beneficios de la ciencia aplicada a la mecánica, a la industria y a la agricultura. *Una libre asociación será en la anarquía el régimen del grupo, de la comuna; una más grande todavía será el de la familia humana.*

Queda demostrado por tanto que la organización anarquista, basada en la libre asociación, no es la fabricación de un sistema más o menos complicado, más o menos ingenioso, como sería, por ejemplo, el querido por los colectivistas legalitarios, sino el desarrollo natural del progreso social.

¿Será propiamente posible por tanto la realización de las teorías comunistas anarquistas? ¿Será posible la anarquía?

Para decir que no, habrá que negar los ejemplos de libre asociación que nos dan las cooperativas de trabajo, de consumo, etc., las que, teniendo presente las enormes dificultades encontradas en el actual ambiente en que se desarrollan, alcanzan lo prodigioso; para decir que no, habrá que negar el progreso moral y social que de la tribu salvaje nos llevó al presente organismo social complicadísimo; para decir que no, habrá que negar las leyes naturales constantes, indestructibles que regulan el curso progresivo de la humanidad; para decir que no, habría que negar por último la razón, la evidencia, el buen sentido, la justicia. Pero entonces, "mejor sería no creer en nada, más bien que creer que la justicia no es posible".

Muchos burgueses evolucionistas han hallado modo de lisonjear a las masas obreras propiciando la cooperación como medio práctico para llegar a la caída gradual de los capitalistas.

Eso, en vista de la coalición de los capitalistas mismos, es simplemente un absurdo. Pero admitido que fuese posible, lo que no es, haría falta inevitablemente que los capitales individuales fueran sustituídos por los capitales en forma colectiva representa-

dos por toda sociedad cooperativa. La pequeña cooperativa se encontraría a merced de la grande, por tanto sin asociación y solidaridad universal; de los trabajadores surgirían nuevas clases de débiles y de fuertes, de ricos y de pobres, de explotadores y explotados.

Tanto es así que el antagonismo, la concurrencia, entre las sociedades cooperativas de trabajo del mismo arte y del mismo oficio, se manifiesta ya desde ahora.

Consigue que la libre asociación con las cooperativas, en el ambiente actual, en lugar de unir a los obreros los divida y los haga egoístas.

¿Nos detendremos en ese doloroso experimento? ¿Adormeceremos al obrero con inútiles esperanzas? ¿Prolongaremos su agonía por millares de años aún?

EL GOBIERNO

Apenas un dado número de hombres libres subyugaron a otros hombres y crearon la ley que sancionaba en los vencedores el derecho a mandar, y en los vencidos — esclavos — el deber, la obligación de obedecer, nació el gobierno, que significa opresión de los fuertes sobre los débiles, clase de ricos y de desposeídos, de explotadores y de explotados, de amos y de siervos.

"El Estado-gobierno, dice Spencer, se ha formado por la opresión y para la opresión".

Varios fueron con el andar del tiempo los nombres y las formas tomadas por el gobierno, pero su esencia no cambió nunca.

Hoy más que nunca la palabra gobierno significa el género humano dividido en conventículos de privilegiados que con el pretexto de una necesidad de gobierno, explotan la gran masa del pueblo sometida

a ellos política y económicamente (4); hoy más que nunca significa desigualdad de condición, guerra, opresión, antagonismo de intereses, explotación de clase, miseria del pueblo.

El gobierno soy yo, yo, el capital, la patria — puede decir la burguesía parodiando a Luis XIV.

Es verdad.

¿Quién gobierna actualmente, quién hace las leyes y quién las mantiene en vigor con la fuerza? La clase burguesa.

¿En favor de quién sanciona el privilegio dichas leyes? En favor de la clase burguesa.

El gobierno, el sumo representante de los privilegios burgueses, como la religión, halla la fuerza moral que lo sostiene, en la ignorancia, en el prejuicio, en el embrutecimiento del pueblo. Halla la fuerza material en la jerarquía de un ejército de esbirros, jerarquía que parte del ministro del interior y baja poco a poco hasta el prefecto, el jefe de policía, el comisario, el juez, el pretor, el carabinero, el polizonte, el guardia cárcel, el espía.

Al lado de este ejército mercenario, en las grandes ocasiones, cuando el pueblo hace oír el grito desgarrante del hambre reclamando el derecho a la existencia y amenaza quebrantar las propias cadenas, el gobierno, al lado de la guardia de seguridad, del delegado, hace formar el soldado, el cual como esbirro, por la fuerza, es obligado a disparar el arma homicida contra los propios hermanos de sangre y de desventura.

Hemos dicho que los socialistas legalitarios, derribados los presentes gobiernos, quisieran formar de inmediato otro; hemos dicho también que el gobierno socialista llegaría al colmo de la centralización y del despotismo.

En efecto, ¿cuál es el colmo de la ambición a que puede llegar un emperador, un rey, un presidente de república, un papa?

La avidez de querer mandar sobre los pueblos de todo el mundo, y no sólo eso, sino también el deseo de ser dueños de sus cuerpos.

Ahora bien, pongamos en lugar del gobierno socialista, un emperador, un rey, un presidente de república; dejemos que aquellos se creen un partido de cointeresados en aquellos que están en el pesebre de la administración, y esta nueva clase de privilegiados reducirán el mundo a un cuartel de esbirros.

Pongamos en el lugar de un gobierno socialista a un papa y convertirá el globo en un convento.

La *Opinione* de Roma, periódico burgués, monárquico, constitucional, conservador del agua más bella, que se profesa socialista, en un artículo escrito en ocasión de la muerte del cardenal Manning, escribió que había que tener en cuenta el hecho que "el socialismo se convierte en instrumentum regni" Es la palabra de orden de la burguesía.

Pero el nuestro será un gobierno del pueblo, nos dicen ciertos obreros engatusados por los socialistas legalitarios.

Se les responde:

Sobre mil administradores y directores de sociedades obreras, de consumo, de socorros mutuos, etc., ¿cuántos individuos se encuentran que no abusan de sus cargos para cometer abusos?

Y adviértase que están bajo el continuo y directo control de los propios compañeros, entre los cuales fueron elegidos como los mejores.

Dígase también.

¿Qué sería de un gobierno socialista cuando sus miembros estuviesen lejos de todos, por encima de todos? ¿Cuando tuviesen la facultad de hacer leyes, cuando existiese además el dinero — bono de trabajo — corrosivo de las mejores conciencias?

Escribió Proudhon:

"Yo no creo de ningún modo en esta institución adivinatoria de la multitud, que le haría discernir al

BIBLIOTECA UPAZ

primer golpe el mérito y la honorabilidad de los candidatos. Abundan los ejemplos de candidatos electos por aclamación y que, sobre los tapices donde se ofrecían al pueblo embriagado, preparaban ya la trama de sus traiciones. Y es mucho si, sobre diez pícaros, el pueblo encuentra en sus comicios un hombre bueno...

"Pero ¿qué me importan, una vez más, todas esas elecciones? ¿Qué necesidad tengo de mandatarios y de representantes? Si es preciso que exprese mi voluntad, ¿no puedo expresarla sin el socorro de alguno? ¿Me costará más, y no estoy más seguro de mí que de mi abogado?" (5).

¿Tal vez no nos enseñan nada, propiamente nada, las continuas apostasías de los obreros republicanos o socialistas que subieron al gobierno? ¿No nos enseña nada la historia con la dictadura de un Napoleón I, con el golpe de Estado de un Napoleón III, con la constitución tantas veces jurada y perjurada del cuarenta y ocho en adelante, por reyes, duques y papas? Si pusiésemos la cadena del galeoto al pie de los nuevos gobernantes, como sugería Marat, ciertamente encontrarían modo de librarse de ella y de ponerla nuevamente al cuello del pueblo.

"Anárquico es el pensamiento — dive Bovio — y hacia la anarquía va la historia". El pensamiento de cada individuo es autónomo y sin embargo todos los pensamientos de los hombres se van organizando en un pensamieto colectivo que mueve la historia...

"Hacia la anarquía visiblemente camina la historia, agotando la vitalidad del Estado-gobierno y descubriendo cada vez más la antinomia insuperable entre la existencia del poder central y la libertad del hombre.

"Justificad como queráis al Estado-gobierno, consagradlo transportando a él el dios sustraído de la iglesia, hacedlo güefo, gibelino, burgués, monárquico o republicano, os daréis cuenta al fin de tener en el

cuello un tirano contra el cual protestaréis de continuo en nombre del pensamiento y de la naturaleza".

Del gobierno, de ese peso enorme, de esa ciudadela de la explotación, de ese instrumento de opresión, no se podrá nunca hacer caso omiso, al menos sin la realización del comunismo anárquico, que es garantía de la máxima solidaridad, libertad e igualdad.

"El gobierno, concluiré con Engels, no data de la eternidad. En un cierto grado de desarrollo económico, el gobierno se convierte en una necesidad por la división de la sociedad en clases — ricos y pobres, explotados y explotadores.

Ahora nos encaminamos rápidamente a un grado de desenvolvimiento económico en que la existencia de estas clases, no sólo ha cesado de ser una necesidad, sino que se convierte en un obstáculo efectivo para la producción.

Las clases caerán inevitablemente como surgieron. Con ellas cae también inevitablemente el Estado-gobierno.

La sociedad que reorganiza la producción sobre la base de la asociación libre e igualitaria de los productores, relega el antiguo mecanismo del Estado-gobierno al museo de las antiguallas, junto con la rueda de hilar y con el hacha de bronce".

LAS LEYES

El gobierno — reyes, presidentes, ministros, diputados, senadores — hace las leyes, hemos dicho, y piensa en hacerlas ejecutar.

Es importante, pues, saber qué es lo que son esas leyes, qué es lo que valen y qué razón tienen de existir.

Oigamos a Proudhon, el padre de la anarquía, al respecto:

"Bajo la impaciencia de los pueblos o la inminencia de la revuelta el gobierno ha debido ceder, ha prometido instituciones y leyes, ha declarado que su más ferviente deseo era que cada cual pudiera gozar del fruto de su trabajo, a la sombra de su parra y de su higuera. Era una necesidad de su posición. Aunque en los hechos se presentaba juez de derecho, árbitro soberano de los destinos, no podía pretender conducir los hombres según su capricho.

"Rey, presidente, directorio, comité, asamblea popular, no importa, hacen falta al poder reglas de conducta; sin eso ¿cómo proveería a establecer entre sus súbditos una disciplina? ¿cómo se conformarán los ciudadanos al orden, si el orden no se les notifica, si apenas se les notifica es revocado, si cambia de un día al otro y de hora en hora?

"Por tanto, el gobierno deberá hacer leyes, es decir imponerse a sí mismo límites; porque todo lo que es regla para los ciudadanos se convierte en límite para el príncipe-gobernante. Hará tantas leyes cuantos intereses encuentre: y como los intereses son innumerables, y las relaciones que nacen unos de otros se multiplican al infinito, y el antagonismo no tiene fin, la legislación deberá funcionar continuamente. Las leyes, los decretos, los edictos, las ordenanzas, las decisiones, caerán como granizo sobre el pueblo. Después de un cierto tiempo el terreno político será cubierto por un estrato de papel que los geólogos registrarán bajo el nombre de *formación papelesca* en las revoluciones del globo. La Convención en tres años, un mes y cuatro días, produjo once mil seiscientas leyes y decretos. Actualmente (1887) el *Boletín de las leyes* contiene más de cincuenta mil; si los gobernantes cumpliesen con su *deber*, esa cifra enorme sería bien pronto redoblada.

¿Creeis que el pueblo y el gobierno mismo se hallan en ese océano?

Ciertamente, henos aquí ya lejos de la institución

primitiva. El gobierno ejerce, se dice, en la sociedad el puesto de padre; ahora bien, ¿qué padre pensó nunca en hacer un pacto con su familia? ¿presentar leyes a los propios hijos? ¿dividir sus poderes de los maternos? El padre de familia es inspirado, en su gobierno, por su corazón; no toma el bien de sus hijos, los alimenta con el propio trabajo; guiado por su amor, no se aconseja más que por el propio interés de los suyos y por las circunstancias; su ley es su voluntad, y todos, madre e hijos, se confían a él.

El pequeño Estado estaría perdido si la acción paterna encontrase la más mínima oposición, si fuese limitada en sus prerrogativas y determinada anticipadamente en sus efectos. ¿Y qué? ¿sería, pues, verdad que el gobierno no es un padre para el pueblo, puesto que se somete a reglamentos, puesto que transige con los propios súbditos y se convierte en el primer esclavo de una razón que, divina o popular, no es la suya?

Si la cuestión se plantea en estos términos, yo no veo la razón por la cual deberé someterme a la ley. ¿Quién me garantiza su justicia y su sinceridad? ¿De dónde me viene? ¿Quién la ha hecho?

Rousseau enseña en estos términos apropiados que en un gobierno verdaderamente libre, el ciudadano, al obedecer a la ley no obedece más que a la propia voluntad.

Ahora bien, la ley ha sido hecha sin mi participación, a pesar de mi disentimiento absoluto, a pesar del daño que me hace sufrir.

El Estado-gobierno no trata conmigo; no cambia nada conmigo; me impone tributos. ¿Dónde está, pues, el ligamen de razón y de interés que me obliga?

Pero ¿qué digo? ¡Leyes a quien piensa por su cuenta y no debe responder más que de sus propios actos! Estoy pronto a tratar, pero no quiero leyes; yo no reconozco ninguna; protesto contra todo orden que se complazca un poder de pretendida necesidad

imponer a mi arbitrio. ¡Leyes! Se sabe lo que son y lo que valen. Telas de araña para los poderosos y los ricos; cadenas que ningún acero podría romper, para los pequeños y los pobres; armas en manos del gobierno.

Decís que se harán *pocas leyes*, que se harán *sencillas*, que se harán *buenas*. Pero esto es imposible. ¿No debe el gobierno regular todos los intereses, juzgar todas las divergencias?

Ahora bien, los intereses son, por la naturaleza de la sociedad, innumerables; las relaciones variables y móviles hasta el infinito.

¿Cómo es posible hacer pocas leyes? ¿Cómo podrían ser sencillas? ¿Cómo no habría de ser pronto detestable la mejor ley?

También esta es una concepción.

Si confiesa así sus errores el gobierno es muy culpable. Sin duda para instrucción del legislador y edificación del pueblo, hará grabar en la fachada del palacio legislativo, este verso latino que había escrito un cura de Borgoña sobre la puerta de la propia cantina, como advertencia de su celo báquico: "Pastor ne noceant bibe pauca, sed optima vina! (A fin de que no te hagan mal, bebe pocos pero buenos vinos).

¡De las leyes pequeño número, pero excelentes! ¡Pero esto es imposible! El gobierno ¿no debe regular todos los intereses, juzgar todas las divergencias? Ahora bien, los intereses son innumerables dada la naturaleza de la sociedad, las relaciones variables y móviles hasta el infinito.

¿Cómo es posible hacer pocas leyes? Se habla de simplificación. Pero si se puede simplificar en un punto, se puede simplificar en todos. En cambio de un millón de leyes, una sola basta.

¿Cuál será esa ley?

No hagas a los otros lo que no quieres que se te haga a tí, y haz a los demás lo que quieres que se

te haga. ¡He aquí la ley y los profetas! Pero es evidente que no es ya una ley; es un fórmula elemental de la justicia, es la regla de todas las transacciones (6). La simplificación legislativa nos lleva por tanto a la idea del contrato, por consiguiente a todas las antinomias de la sociedad; si es consentida y querida por todos es adecuada al contrato social. Al promulgarla proclamáis la negación del gobierno" (Prouhdon, obra citada).

LEY MORAL NATURAL

La ley moral natural es el conjunto de los deberes generales, recíprocos, que se imponen a toda especie de animales que viven en sociedad, y sin cuyos deberes una asociación no podría subsistir.

"La vida en sociedad sería totalmente imposible sin su correspondiente desenvolvimiento de sentimientos sociales y especialmente de un cierto sentimiento colectivo de justicia que se convierte luego en un hábito.

"Si cada individuo abusase continuamente de sus ventajas personales, sin que los otros intervengan en favor de los ofendidos, ninguna vida social sería posible. Los sentimientos de justicia se desarrollan más o menos en todos los animales gregarios. De cualquier distancia que vengan las golondrinas o las grullas, cada cual vuelve al nido que ha hecho o preparado en el año precedente: Si un pájaro haragán trata de apropiarse del nido de un compañero, o le roba algunas pajillas, la muchedumbre interviene contra él" (Kropotkin).

El sentimiento de justicia es un hecho altamente moral.

Muchos son los hechos que comprueban el desenvolvimiento del sentido moral en los animales.

Las abejas, por ejemplo, trabajan y consumen en común libremente asociadas. De cada una según las

propias fuerzas, a cada una según las propias necesidades. Y la libre asociación, la cooperación y la solidaridad perfecta, el comunismo en todo el sentido de la palabra, con la resultante de los inmensos beneficios. Así las hormigas.

Las cigüeñas alimentan a sus padres envejecidos, lo que indujo a Sofocles a clasificarlas entre los pájaros virtuosos.

Darwin cita, entre otros hechos, el heroismo de un chimpacé que, casi bajo los dientes de una trahilla de perros ladrando, fué a tomar y llevó triunfalmente, con peligro de la propia vida, un monito que se había resbalado en la roca e iba a ser despedazado.

Ahora bien; el apoyo mutuo, la solidaridad, el altruismo, la simpatía, lo mismo que el sentimiento de justicia son hechos bien morales (v. B. Malón en *La Revue sociale*, N.o 8, t. 2, año 1885).

Siendo la ley moral un fenómeno de la vida social, y estando la vida social en vías de continuo progreso, ocurre que la moral sufre constantemente las mismas modificaciones progresivas

Por consiguiente ¿hay algo más absurdo que la afirmación de los teólogos que quisieran hacer creer que la moral es un donativo inalterable de su dios, como regla de conducta?

Los gobiernos y las religiones que tuvieron la torpe pretensión de fosilizarla en los códigos civiles y religiosos, se vieron forzados constantemente a modificarlos.

En efecto la historia de la humanidad es una lucha continua de pueblos que se levantaron en nombre de los progresos de la ley moral, contra gobiernos y religiones que han hecho su tiempo; es una sucesión, una modificación sin cesar de tiranías políticas, económicas y religiosas.

Así, del gobierno absoluto ha surgido el constitucional, del culto hebraico el cristianismo; los esclavos fueron llamados sucesivamente siervos de la glo-

ba, asalariados; desaparecieron los instrumentos de tortura, la libertad de pensamiento se impuso.

Hoy el progreso social nos conduce abierta y vertiginosamente al comunismo anárquico, y dá un impulso enorme a la ley moral natural.

Una moral completamente nueva desarrollándose en los bajos fondos sociales; moral toda amor y justicia, por la cual millones de desheredados, dándose la mano por encima de las fronteras, se proclaman hermanos, reclaman enteramente la parte de los bienes que les corresponden en el banquete de la vida e imprecan contra toda forma de opresión.

En nombre de la ley moral natural, ha comenzado ya la lucha decisiva que debe irevocablemente poner fin a toda ley positiva, a todo vestigio de tiranía, de egoísmo. Lucha encarnizada, tremenda, extrema, que nos prepara una era nueva de paz y de justicia.

El día que el despotismo, el privilegio, la explotación, la corrupción, la baja envidia, la superstición degradante, la hipocresía, el gazmoñismo acumulados desde hace millares de años por poderes civiles y religiosos no tengan más razón de ser, desaparecerán; — la ley natural adaptada a un ambiente enteramente propio, enteramente nuevo, vivificada por el rayo purísimo de la verdadera justicia, dará frutos que hoy el pensamiento humano está lejos de prever.

"Cread circunstancias, dice Kropotkin, en que el hombre no tenga que mentir, que engañar, que explotar a los otros, y el nivel moral de la humanidad por la fuerza misma de las cosas se elevará a una altura hasta ahora desconocida.

"La moral pasada al estado de espontaneidad.

"He ahí la moral verdadera, la única que queda siempre, mientras las religiones y los sistemas filosóficos pasan".

Aquél día para el régimen de la humanidad unida por el pacto sublime de solidaridad y fraternidad

universal, en lugar de las leyes positivas, — civiles y religiosas —, bastará la eterna ley moral natural, la *moral anarquista.*

EL CAPITAL

"El primer hombre que circundó de obstáculos la tierra y dijo: esto es mío, destruyó la propiedad común y creó la propiedad individual, es decir el capital.

Antiguamente, el capital era el rey absoluto, dueño de vida de los propios súbditos, era el feudatario, el príncipe, el barón, el clero.

Con la revolución francesa (1789) el gobierno — es decir el monopolio de la libertad y de la riqueza, habiendo pasado del clero y de la nobleza a la burguesía, el capital de entonces en adelante se convirtió en la burguesía misma.

Bancarroteros millonarios, empresarios, activos industriales y comerciantes, degolladores, ministros de Estado, presidentes de república, rentistas parásitos, sacerdotes, reyes, papas, etc. he ahí el capital, monstruo horrible de cien cabezas, que vive bajo la égida del gobierno consustancial suyo.

En toda cara del capital, de este vampiro, que absorbe la sangre del mísero trabajador, están reflejados: el robo, la avaricia, la mentira, la hipocresía, la concupiscencia, y el que sepa más que lo agregue sin temor a exageración.

Hemos visto que el capital, después de la revolución, acentuó poco a poco, día por día, su fuerza y apetito.

Para darnos una idea de la potencia a que se ha elevado en tan breve tiempo, no tenemos más que pensar en las millares de naves que surcan a sus

órdenes los mares, en la red intrincadísima de los ferrocarriles que cubre el globo, en los almacenes, en los Bancos innumerables que rebosan de mercaderías y de oro. No tenemos más que pensar en los millones de obreros que para obtener de él, que lo posee todo, un pedazo de pan negro, son obligados a sudar sangre, en los puertos de mar, en las fábricas, en los campos, en las minas.

Oye, trabajador.

Es él quien redujo la fábrica a un verdadero reclusorio, donde el largo y pesado trabajo te causa vértigos, donde las multas te diezman el salario cotidiano.

Es él quien con la creciente aplicación de las máquinas explota la fuerza física e intelectual de los niños y de las mujeres; engendra la superabundancia de producción, y con la superabundancia de producción las crisis violentas, el número siempre creciente de desocupados.

Es él quien en las grandes empresas — como por ejemplo: corte de istmos, perforaciones de montañas, bonificaciones de terrenos, construcción de ferrocarriles, de canales — acepta millares de infelices, familias enteras; los explota en pocos meses, embolsa centenares de millares de pesos y, terminada la obra, los abandona despiadadamente en regiones inhospitalarias, desiertas, que carecen de medios de repatriación, desesperados.

Es él quien, abusando del crédito, se entrega a especulaciones bancarias desastrosas, urde a sangre fría fraudes dolosos, devorando el ahorro hecho por tí sobre lo más necesario, ahorro que le confiaste para tener una defensa contra el fantasma — horrible para el hombre — del hospital, donde están contados los días, donde se muere de zozobra, lejos de los parientes y de los amigos.

Es él quien con el monopolio, a cambio de dinero contante, acapara los productos del suelo desde la

época de la siembra, de la floración y los hace encarecer robando el céntimo a tu comida ya insuficiente.

Es él quien, cuando estás reducido a la última estrechez, se te presenta con cara compasiva y grita: "Heme aquí, te concedo crédito para ayudarte".

¡Crédito! está escrito en las bancas agrícolas, en las casas de empeño, en los negocios...

Es el capital, la usura, en indumentaria de caridad que, aprovechando tus penurias, va a robarte los últimos bocados con bello aspecto, que halla modo de devorar tu salario, la quincena, antes aún de que la hayas ganado!

Trabajador ¿estás en la flor de la juventud, de la inteligencia, de la fuerza?

El, el capital, monstruo sin corazón, te dará la preferencia entre los millares de desocupados, compensará tu trabajo diario con algún céntimo, con algún peso más. Pero no creas que cesa de perseguirte hasta el extremo.

El mismo que ha inventado la moda, se presentará a tí bajo la forma de bagatelas que lisonjearán infaltablemente tu vanidad... Con mil diabólicos artificios, tratará de encender en tí la pasión del juego, del vino, de las mujeres...

Eres joven, inexperto... el ejemplo que viene de lo alto ejercerá sobre tí una irresistible fascinación ...caerás en el vicio, en el embrutecimiento, en el crimen... y cuando haya explotado todo lo que había de bueno en tí, se librará fácilmente del estorbo enviándote al presidio.

Hasta los alimentos de primera necesidad ha conseguido envenenarte con fines de lucro.

Vé sin embargo cómo sabe el capital deslumbrarte con obras públicas maravillosas, espléndidas; ¡pobre trabajador! Fueron cimentadas con tus sudores, con tu sangre tales obras y están ahí como un insulto a tu inmensa miseria.

Las comodidades de la vida civilizada, las ventajas de las invenciones, los progresos del arte y de la ciencia son letra muerta para tí. Sometido al capital, cuando tienes la suerte de hallar empleo, debes trabajar por un salario que a menudo no basta para satisfacer el hambre tuya y de tu familia; por un salario que no basta para defenderte de los rigores del frío en el invierno, de los calores del estío; por un salario que te deja con la perspectiva de una vejez todavía más mísera, si es que el trabajo, superior a tus fuerzas, no te aplasta a medio camino.

¡Y no hay salida! O someterse a su tiranía o morir más pronto de inanición.

El que es pobre es esclavo.

Tampoco nosotros tenemos nada, dicen ciertos capitalistas, y a fuerza de actividad, de constancia y de sacrificios, hemos conseguido recoger algo.

Esos deberían decir que gracias al *derecho de propiedad individual*, a fuerza de actividad, de constancia, de sacrificios y también quizás de un poco de suerte y de delincuencia, han conseguido ascender en las filas de los privilegiados; y ahora, ellos que saben por experiencia cuán amargo es el pan del trabajador, ellos que antes, en la condición de proletarios, gritaban contra la infamia, contra la injusticia, cegados por el egoísmo brutal que sofoca todo más noble sentimiento humano, quisieran explotar en santa paz a sus viejos compañeros de miseria!

El derecho de propiedad individual, infame derecho, consagrado por centenares de generaciones de privilegiados; fruto de la usurpación del derecho común, el capital. He ahí la razón principal de las horrendas desgracias que desde hacen millares de años hacen infeliz la existencia del género humano!

La abolición de la propiedad individual, el comunismo anárquico: he ahí el principio de la verdadera igualdad social, del verdadero bienestar.

LAS MAQUINAS

La invención de las máquinas y su adopción en la producción industrial y agrícola ¿es un bien o un mal?

Las máquinas son un gran mal para el obrero mientras sean propiedad del capitalista, en cuyo caso son un auxiliar potentísimo de explotación y la razón principal, incluso única, de la superabundancia de producción, del número siempre creciente de los desocupados y de la consiguiente reducción de los salarios.

Supongamos, por ejemplo, que el capitalista Tizio tiene 150 obreros empleados en el propio establecimiento.

¿Se inventa una máquina o se perfecciona?

Con la aplicación de dicha máquina, Tizio puede hacer el mismo trabajo que antes con sólo 100 obreros y en consecuencia encuentra la conveniencia de adoptar la máquina y de mandar a paseo a 50 obreros.

Eso es lo que ocurre precisamente a cada invención o perfeccionamiento de máquinas, y repetimos, eso hace que cada día decrezca la superabundancia de producción, el número de los desocupados, mientras disminuyen los jornales.

Las máquinas no funcionarán a beneficio total del obrero hasta que no sean declaradas propiedad común junto a las otras riquezas; y esto debe suceder inevitablemente en tanto que ellas, como productos de millares de ingenios que ilustraron los siglos pasados, son por derecho capital colectivo hereditario, en cuyos frutos deben participar los hombres todos indistintamente, capital explotado hoy por unos pocos privilegiados en daño de los desheredados innumerables.

"¡Todo pertenece con buena razón a todos! Todas las riquezas acumuladas son el producto del trabajo

de todos, de la actual generación y de todas las precedentes. Esta casa en que estamos reunidos en este momento, tiene valor sólo porque está en París, esa soberbia ciudad, donde los trabajadores de veinte generaciones han ido sobreponiéndose. Transportad la a las nieves de Siberia y su valor será casi nulo. Esta máquina que habéis inventado y patentado, lleva consigo la inteligencia de cinco o seis generaciones; no tiene valor más que como parte de este inmenso todo que nosotros llamamos industria del siglo XIX. Transportad vuestra máquina en medio de los papuas de Nueva Guinea y allí su valor será nulo. Este libro, en fin, esta obra de ingenio que habéis hecho, os desafiamos, genio de nuestro siglo, a decir cuál es la parte de vuestra inteligencia en vuestras soberbias deduciones.

¿Los hechos?

Una generación entera ha trabajado por acumularlos.

¿Las ideas?

Puede ser la locomotora que surca los campos la que os las ha sugerido.

¿La belleza de la forma?

Si es admirando tanto la Venus de Milo, o la obra de Murillo, como la habéis encontrado. Y si vuestro libro ejerce alguna influencia sobre nosotros es gracias al conjunto de nuestra civilización.

¡Todo es nuestro! Y desafiamos a cualquiera que sea capaz de decirnos la parte que corresponde a cada uno en las riquezas. He aquí una inmensa fábrica que ha creado el siglo XIX; he aquí millones de esclavos de hierro que nosotros llamamos máquinas y que pulen y sierran, tejen e hilan por nosotros, que descomponen y componen la materia prima y hacen las maravillas de nuestra época.

Nadie tiene el derecho a apropiarse ninguna de esas máquinas y a decir a los demás: ¡esto es mío! Si queréis serviros de esta máquina para producir,

me pagaréis un tributo sobre todo lo que produzcáis; como el señor de la edad media no tenía el derecho de decir al agricultor: esta colina y este prado son míos, y me pagarás un tributo por cada gavilla de trigo, por cada montón de heno que recojas.

¡Todo es nuestro! como el hombre y la mujer aportan su cuota de trabajo, para producir los objetos necesarios; tienen derecho a su cuota de todo lo que se haya producido por todos" (Kropotkin).

¡Todo es nuestro! ¡todo es de todos! y no está lejano el día en que las máquinas junto con las riquezas naturales, industriales, artísticas, literarias y científicas sean declaradas propiedad común.

Aquél día los obreros libres saludarán la máquina como amiga dócil y fuerte que viene a aliviar sus fatigas.

Inmensos son los beneficios que en el comunismo anárquico aportará la amplia aplicación de las máquinas en la industria y en la agricultura.

"¿Veis esa cadena de rejas de arado que una máquina gigantesca a vapor arrastra a través de los campos desolados? El mismo mecanismo transporta a un tiempo los hombres, los instrumentos aratorios y las semillas; y más tarde, cuando la mies esté madura, volverá a pasar para segarla, recogerla y transportarla al granero, donde otras máquinas movidas igualmente a vapor, reemplazan el trillo y la criba abandonados para siempre... En una agricultura así ¿qué es lo que llega a ser el pequeño campesino que trabaja con la azada, y el trabajador del arado tradicional, con todos sus viejos arneses y sus métodos usados desde la antigüedad greco-romana y desde el Egipto de los faraones? Han ido a sumarse al carretero sustituído por los ferrocarriles, al correo suprimido por la electricidad... el farolero expulsado por el gas; el aguatero abolido por el sistema de pozos artesianos, de acueductos, de tubos y de robinetes que hoy se encargan de distribuir el agua a una gran

ciudad" (Informe presentado en un congreso internacional. Tomado del opúsculo: *Ideas sobre la organización social*, de James Guillaume).

En el comunismo anárquico será tal y tanta la producción industrial y agrícola con motivo de la amplia aplicación de las máquinas, de su continuo perfeccionamiento y de su invención, del cultivo racional y del aumento de los brazos, que los obreros, trabajando pocas horas al día, tendrán con qué satisfacer ampliamente todas las necesidades, es decir gozarán de todas las comodidades de la vida que hoy son privilegio de una minoría de explotadores.

LA PATRIA

"El primer hombre que puso cerco a la tierra", que construyó allí una cabaña; el primer hombre que raptó una mujer y dijo: este pedazo de tierra, esta cabaña y esta mujer son míos, aquél creó la propiedad individual y la familia y con ellas echó el germen funesto del sentimiento de patria, sentimiento que está ligado íntimamente a la idea de posesión y de dominio.

Como natural consecuencia de la diferencia de intereses, del egoísmo y del odio, surgidos con la propiedad individual, diversas familias hallaron bien pronto la conveniencia, la necesidad de unirse, de elegir un jefe que les guiase en la lucha de conquista contra otras familias igualmente asociadas. Así nació la tribu y a ella se extendió el sentimiento de patria.

Ocurre del mismo modo que los jefes de tribu, y con ellos un cierto número de privilegiados, sacerdotes, etc. olvidaron bien pronto los intereses de los súbditos, para no pensar más que en los propios. La sed de dominación y de riqueza creció en ellos desmesuradamente, hicieron guerras contínuas a sus rivales y a medida que creció el dominio se proclamaron reyes, emperadores...

Desde entonces en adelante la palabra patria significó casi exclusivamente los intereses particulares de los gobernantes y de las clases privilegiadas cointeresadas suyas: interés funesto que engendró entre ellos la envidia, el odio, la sed siempre creciente de dominación y de riqueza. Desde entonces en adelante los ciudadanos de las diversas comunas, de las diversas naciones, embriagados de patriotismo, se vienen degollando alegremente con el beneplácito de sus tiranos.

Eterno y fatal error de los pueblos el de creer que tienen comunidad de intereses con aquellos que los oprimen y los explotan.

Cuando veo sobre una bandera, sobre una moneda, un escudo encima del cual hay una corona real, rodeado de lanzas, espadas, cañones, pienso con espanto en las miserias, en las lágrimas, en la sangre del pueblo que costaron las gemas (en el sentido figurado de provincia) que adornan las coronas de reyes y emperadores.

La misma reflexión me hago cuando, en lugar del escudo real, veo el gorro frigio.

¿Las guerras de independencia, de unidad? — objetan algunos.

Preguntemos ésto a los mártires ignorados de las derrotas, a los moribundos de pelagra, a los emigrantes, cuánto les beneficiaron esas guerras.

La patria, hoy es más que nunca el capital que tiraniza, que explota y que condena al hambre en el campo político y económico. En loor de la patria: el tributo de sangre, las guerras horrendas, la miseria negra, el número siempre creciente de los suicidios, el aullido desgarrante de las plebes hambrientas.

¡Todo en loor suyo!

Sin embargo, en las escuelas, en los teatros, en los banquetes, en los periódicos, en los libros, en las iglesias, en todas partes veo hacer propaganda de patriotismo.

¡Patria, patria! gritan incesantemente, los señores burgueses de todos los colores, de todas las creencias. Ahora bien, tened presente que os engañan, trabajadores. ¡No los creáis! La patria son ellos mismos, ellos, los hipócritas, los jesuitas modernos.

Interrogad en cambio la voz de la conciencia, escuchad los nobles sentimientos del corazón, y os dirán que vuestra patria es el mundo.

La ley moral natural ¿no nos dice en efecto que somos hermanos? La naturaleza, esta nuestra madre común, ¿no nos trata como tales? Por donde quiera que vamos ¿no encontramos su encantadora sonrisa? ¿Y quién no sabe en lo sucesivo que los infinitos males que pesan sobre el género humano proceden justamente de la transgresión de sus leyes, entre la que ocupa el primer puesto la del amor?

¡Patria! Cesó tu pretendida razón de existir desde que el pico del minero perforó las barreras de granito, desde el día que la nave a vapor, que tanto abrevia el tiempo y las distancias, desafiando las furias del océano, aproximó los hombres de las más lejanas regiones!

Desde aquel día, gracias también al correo, al telégrafo y a la prensa, el internacionalismo de las ideas, de la ciencia, del arte, de las necesidades, de los gustos y de los hábitos, impuso a los hombres el deber de fraternidad universal.

Y los desheredados, los rechazados, los oprimidos, aquellos que los señores burgueses se complacen en llamar *malhechores*, los anarquistas, queremos decir, no fueron insensibles a la voz imperiosa del corazón.

¿Quién no recuerda el primero de mayo de 1890? ¿Quién no ha llorado de consuelo ante el espectáculo sublime, presentado por los desheredados de todo el mundo, que libres finalmente del inveterado prejuicio de patriotismo, sin distinción de raza, de lengua, de fe religiosa, se cambiaron el beso de fraternidad universal?

¡Desde aquel día, ante el resplandor siniestro de las bayonetas, el amor que el pueblo alimentaba por ti, oh patria, se cambió en odio!

EL EJERCITO

El ejército, pueblo armado, mantenido con el sudor del mismo pueblo, fué instituído por el gobierno en defensa del honor y del interés de la patria.

En mérito a la ley que establece el impuesto de sangre, el hijo del proletario, alcanzada la edad de la conscripción, parte para el regimiento donde olvidará bien pronto la profesión, donde perderá tal vez el amor al trabajo; no valen las lágrimas de los padres enfermos, privados de ayuda. ¡Ay de él si no se doblega a la ley férrea!

Puesto el pie en el umbral del cuartel, además de la libertad individual, derecho que el hombre adquiere al nacer, el conscripto debe sacrificar la propia dignidad, el amor propio y hasta la libertad de pensamiento.

Basta entonces manifestar ideas contrarias a las instituciones vigentes, discutir un orden absurdo, no doblegarse, no envilecerse bastante ante el capricho de un superior bestial, para ir a la sala de castigo, al batallón disciplinario.

El hambre, la sed, el calor, el frío, las marchas forzadas, ruinosas, la consigna, la celda de rigor están a la orden del día.

El soldado es mientras tanto instruído en el arte de matar.

¿Y contra quién deberá combatir?

No lo sabe, no lo saben sus superiores, no lo saben siquiera los gobernantes.

La nación hoy aliada a la nuestra, aquella por la cual el pueblo nutre mayores simpatías, mañana, por

un motivo fútil, por un interés malentendido, por un capricho de gobernante, puede convertirse en nuestra más acérrima enemiga.

Pero he aquí que estalla la guerra.

Nunca el ejército, la gran masa de los desheredados que endosan la librea del soldado, ha sido objeto, como en estos días, de las simpatías de la burguesía.

Los periódicos burgueses todos, desde el republicano rabioso al clerical, compiten en encender en el pueblo el fanatismo patriótico. Los odios de partido desaparecen ante el interés común en peligro.

Cuántas fiestas, cuántos felices augurios en pro de los soldados que van al frente...

Por otro lado, los superiores, como gente práctica, antes de guiar al soldado al campo abierto, le explican repetidamente cómo hoy la discusión de una orden absurda, cualquier acción de propia iniciativa, puede costarle media libra de plomo en el cráneo.

Lo sabe bien el solado que no bromea con la disciplina férrea con que el gobierno lo somete a la más cruel, a la más infame de las tiranías, pero sin embargo nadie podrá impedirle pensar. Y piensa en efecto, que millones de pobres desheredados como él y que endosan la librea del soldado, por buenas o por malas, van a ser en breve enviados a una matanza asesina, horrenda.

Le parece sentir ya el silbar de las balas candentes; le parece ver el resplandor de las bayonetas que se entrecruzan, le parece oir el fragor ensordecedor de la artillería, los gemidos de los agonizantes, el grito de los heridos que delante, al lado y detrás de él caen a millares.

Entonces su pensamiento aterrado vuela a las casas de las víctimas, donde ve a los viejos padres, a las esposas, a los niños adorados, en la más escuálida miseria, en el paroxismo de la desesperación...

¡Toda esa gracia de dios por la patria!, exclama finalmente.

¡Seguro, todo por ella! Y es por eso que gritamos con toda la fuerza de la convicción, a las turbas armadas que al mínimo signo de los superiores van a masacrarse recíprocamente:

Fuera de una vez la venda del fanatismo patriótico que os ciega y que, como a los gladiadores romanos, os induce a masacraros en beneplácito de vuestros opresores.

Queremos enriquecer la patria, decís, oh burgueses, para excusar las empresas coloniales desastrosas; queremos hacerla grande, queremos defender su honor, sus intereses. Eso significa que vuestra ambición, vuestra sed de dominación y de riquezas son inagotables.

Preguntad al obrero inglés cuánto le ha beneficiado la conquista de vastísimas posesiones hechas por el propio gobierno; pedidle, por favor, cuánto le beneficia la grandeza, la riqueza de la patria. Os conducirá a la pocilga que le sirve de habitación y allí, ante el espectáculo de la mísera condición en que se encuentra su familia, lloraréis de conmiseración. Gran riqueza, gran miseria, dice un proverbio popularísimo y modesto.

¿El honor y el interés de la patria?

Pero ¿de qué patria? ¿De aquella cuya prosperidad es anotada con premura todos los días por los boletines de la Bolsa?

¡El honor y el interés del capital, deberéis decir, de vosotros mismos! En este caso el desheredado no tiene nada de común con vosotros; nada tiene que defender, lo tiene todo que conquistar.

¡Hipócritas, mil veces hipócritas! Estando a vuestro alcance, ¿por qué a cambio del odio no enseñáis el amor? ¿Por qué en lugar de la guerra no proclamáis la fraternidad, aquella fraternidad que signifi-

caría el fin de toda lucha política, de toda con quista?

El por qué lo adivina el buen sentido de los pue blos, los cuales, libres ya del funestísimo amor a l patria, conscientes de los inmensos beneficios que s obtendrían si todas sus energías fuesen únicament empleadas en las luchas fecundas del progreso y de trabajo, gritan con toda la fuerza de la convicción Vosotros, oh gobernantes, reináis únicamente sobr nuestra discordia, y es por eso que tenéis tanto inte rés en tenernos divididos, es por eso que os hacéi ministros del odio, es por eso que ahuyentáis tant la corriente de amor fraterno que hace palpitar a unísono nuestros corazones.

¡Fuera las diversas banderas nacionales, símbolo de odio, que nos recuerdan tantas guerras fratricidas execradas! ¡Fuera las fortalezas inmensas, fuera la selvas de bayonetas que nos impiden confundirnos e un abrazo fraterno! Impulsados por vuestra crecien te sed de riqueza y de dominio ¿no nos hemos mass crado bastante aún? ¿No hemos nacido para amar nos? Y decid: ¿con qué derecho podéis impedir la con secuencia del ideal que inflama nuestro corazones d amor dulcísimo?

La fraternidad universal: he ahí la aspiración d los pueblos que, realizada, entre los tantos beneficio inmensos, nos aportará también el de la desaparición de los ejércitos, antiguas supervivencias de barbari instrumentos de odio y de despotismo.

EL CONTRATO MATRIMONIAL

Si nos propusiéramos estudiar los hábitos de la diversas especies de animales gregarios, veríamo que las hembras se acoplan temporalmente con lo machos de su elección. Hechas madres, atienden

la cría y a la educación de los hijos, y la una tanto como la otra encuentran en el grupo en que viven libremente asociados, ayuda y defensa.

No muy desemejante debe haber sido la condición de la mujer en los primeros tiempos de la humanidad.

Es fácil imaginar cuál debía ser el bienestar de la mujer primitiva, cuando disfrutaba de la máxima supremacía sobre el hombre, cuando eran sencillas las relaciones y los hábitos, cuando los abundantes productos naturales de los bosques espléndidos y de las riberas de la época terciaria — plioceno — bastaban para satisfacer ampliamente las limitadas necesidades suyas y de sus hijos, cuando la educación de éstos era quizás la única y la más predilecta de sus ocupaciones.

La mujer se convirtió después en objeto de conquista brutal para el hombre. Mantegazza, entre los pueblos antiguos que practicaban tan bárbaro uso, cita como ejemplo a los espartanos, a los antiguos germanos, a los magyares, a los serbios, a los maroditas de la Turquía europea... Un volumen entero, agrega el mismo, no bastaría para describir las formas de matrimonio empleadas por los pueblos modernos y que suscitan el recuerdo de la antigua rapiña.

De lo que podemos argüir que la mujer fué tal vez la primera en probar las cadenas de la esclavitud.

El uso del rapto fué sustituído con el tiempo por la compra a los padres; y también en este segundo caso son muchos los ejemplos citados por Mantegazza.

El progreso moral y social nos ha llevado finalmente al *contrato matrimonial*, contrato mediante el cual las leyes vigentes permiten a la mujer venderse a quien le parece y le agrada.

Gracias al contrato matrimonial vemos todos los días una infinidad de míseras muchachas ligando in-

disolublemente su destino a un viejo, a un inválido, al primer llegado, con tal de verse sacadas de la vida de dolorosa abstinencia, de incertidumbre y de aislamiento a que la sociedad presente condena a las muchachas pobres.

No son menos frecuentes ni menos inmorales los contratos matrimoniales de conveniencia o de interés si se quiere decir, en la clase burguesa.

Es precisamente en esta clase donde vemos de continuo la caza al macho, al marido, hecha por el sexo bello, favorecida, estimulada por los padres de modo impúdico, escandaloso, y eso con la máxima desenvoltura; la falsa moral burguesa enseña tácitamente que todo lo que es útil es bueno.

Dice Pisacane: "La meretriz que sin amor vende su cuerpo, la mujer que sin amor suscribe un contrato matrimonial, se prostituyen igualmente.

"La primera es obligada por la necesidad a venderse por breve tiempo; la otra es más despreciable porque sin necesidad se vende para siempre; aquélla no promete amor, ni se obliga a renunciar a él; ésta lo promete para siempre, casi meditando el perjurio".

Gracias a los contratos matrimoniales, ¿en cuántas familias encontramos hoy una paz envidiable?

Torrentes de lágrimas veo caer entre las paredes domésticas del rico burgués donde el adulterio va a paso con el incesto, donde el dinero, la ambición, la envidia, el odio, la avaricia, la gula, la blandura crean monstruos.

Torrentes de lágrimas veo caer entre las paredes domésticas del pobre, donde la existencia del hombre y de la mujer es a menudo un continuo martirio, donde la tisis y la escrófula, a causa de las forzadas privaciones, hacen víctimas innumerables, donde la ignorancia acoplada a la miseria, engendran vicios abominables, odios implacables, donde los hijos ab-

sorben con la leche los principios inmorales que no volverán a abandonar, y que a su vez dejarán en herencia a las generaciones del porvenir.

Espectáculo no menos mísero nos presenta fuera de las paredes domésticas la actual sociedad en plena decadencia moral y física.

Son millones los infelices que asustados por las funestas consecuencias a cuyo encuentro va el que se somete a las obligaciones del contrato matrimonial, se abandonan a la masturbación, a los abrazos mercenarios, preparándonos una raza de anémicos y de sifilíticos. Son millares y millares las pobres muchachas que no habiendo hallado la fuerza para resistir, *no habiendo sido bastante astutas*, se atrevieron a rebelarse por un instante contra la jesuítica moral burguesa-religiosa y condenadas despiadadamente, se vieron obligadas a tomar el camino del prostíbulo, entre el desprecio, la mofa, los insultos de los hipócritas, de los viles...

¿Y quizás si mañana se modificaran radicalmente las bases del vigente sistema económico, como para conseguir la igualdad social, el contrato matrimonial cesaría de ser pernicioso, inmoral?

¡No, nunca! Es la negación absoluta de las leyes naturales, y la naturaleza es inexorable en castigar a aquellos que transgrieden sus leyes. Por eso será siempre despreciable la religión que pone como condición de la satisfacción de la más natural de las necesidades, el más inmoral y desastroso de los contratos, y ese contrato, para colmo de impudor, lo enumera entre sus sacramentos. Será siempre inmoral la ley que por un *sí*, pronunciado en un momento de embriaguez, condena a dos personas, que pueden tener incompatibilidad absoluta de carácter, a una vida de presidio.

Será siempre inmoral la ley que, aunque fuese por pocos instantes, tiene sometida la mujer al hombre

que no ama ya y por quien a menudo siente invencible repugnancia. Será siempre falsa la moral que condena a los que se atreven a rebelarse contra el absurdo de la llamada fe y de la llamada ley.

"El código penal actual no está fundado sobre las leyes de la naturaleza, y su obediencia es por completo incompatible con el bienestar de la sociedad. No hay ninguna ley natural, moral o física, que prescriba al hombre o a la mujer la limitación de sus afectos a un solo objeto para toda la vida, y la tentativa de establecer tal ley sería vana aunque se quemase vivos a los transgresores, como hacían los hebreos.

"Es absolutamente imposible tener en nuestra sociedad una moral sexual libre, sincera y digna mientras el matrimonio sea el único modo *honesto* de conjunción de los sexos" (v. Elementos de ciencia social, trad. del inglés).

El amor: he ahí el único vínculo que puede unir los dos sexos. Todo otro ligamen es mercenario, inmoral.

La familia, dicen los sociólogos a sueldo de la burguesía, es la primera sociedad y la base de toda otra.

¡Mentira!

La familia, tal cual nos es dada por el contrato matrimonial, repetimos nosotros, es el primer fruto de la violencia de la conquista brutal. Es símbolo de egoísmo; egoísmo que quisiera eternizar los bienes de la familia remitiéndolos de padre a hijo; egoísmo que divide a los hombres azuzándolos en la lucha encarnizada, inhumana que dura siglos entre ellos. Por eso la familia actual debe desaparecer inevitablemente habiendo cumplido su tiempo, siendo como es obstáculo a aquel principio de fraternidad, de solidaridad y de libertad sobre el cual se apoyará el orden social del porvenir.

LA FAMILIA ANARQUISTA

Siendo el amor el único vínculo que puede unir los dos sexos, en la anarquía, la mujer, emancipada finalmente de los lazos odiosos que se le impusieron por los vigentes códigos burgués, moral y civil, gozará de los mismos derechos que el hombre: es decir, será plenamente libre.

Garantizando a la mujer la máxima libertad, la gran familia anarquista del porvenir pensará en satisfacer cada una de sus necesidades de mujer y de madre. De modo que durante su gravidez, el parto, la crianza, cuando le faltara la asistencia del hombre que se había elegido por compañero, la comunidad, el grupo anarquista, le prodigarán las mismas amables atenciones de que podría ser capaz el esposo más afecto.

Llegados los hijos a la edad en que debe comenzar su instrucción y educación, el grupo, la comuna anarquista, no los arrancará al afecto de sus padres, pero estando en el deber de hacer de ellos hombres honestos que mañana tomarán parte activa en el consorcio humano, tratará de instruirlos y educarlos del mejor modo.

A los mismos, alcanzada la edad en que deben ser completamente emancipados, nos parece, la comuna, el grupo anarquista, por medio de los maestros, les debería hablar poco más o menos así:

"Habéis recibido una instrucción y una educación en lo posible completas; conocéis por tanto cuál es el bien y los medios de conseguirlo.

"Procurad ser virtuosos, sin impostura, trabajad en el límite concedido por vuestras fuerzas, tratando de devolver a la sociedad lo que ésta os ha anticipado, y tened presente que en cualquier caso, tanto en caso de infortunio como de vejez, encontraréis en ella la máxima asistencia amorosa".

¿No parece que esta misión de la gran familia anarquista es más noble que la de la presente minoría de dominadores privilegiados que — como los piojos, las chinches, las ladillas — viven, engordan, chupan la parte mejor de la sangre de millones de miserables, expresamente mantenidos en la ignorancia, en el embrutecimiento, a fin de que resulten dócil instrumento de la explotación, del despotismo?

¿No parece que esta tarea de la gran familia humana es más noble que la que tienen hoy los gobernantes de arrancar millones de pobres jovencitos del lado de sus padres para educarlos en el odio a sus semejantes, para instruirlos en el arte del exterminio?...

Bien venga, pues, la nueva era de paz, de fraternidad, de solidaridad.

Entonces solamente la mujer, hallándose en la plenitud del propio ser, se convertirá en un instrumento activo y vigoroso del humano consorcio.

Entonces ni una lágrima, ni una nube turbará su feliz existencia, de mujer, de esposa y de madre.

Entonces cesará el triste espectáculo que nos presenta la actual sociedad en los bajos fondos sociales donde millones y millones de pobres niños crecen como bestias, privados de asistencia, carentes de lo necesario, enfermizos, ignorantes, rodeados del mal ejemplo, malos vicios, destinados a dar el gran contingente de los delincuentes, para los cuales la burguesía, después de haberlos asesinado en los derechos más sacrosantos, no tiene más que desprecio.

Entonces la moral anarquista, puesta en la base de la educación del macho y de la hembra, nos garantizará contra todo libertinaje, cosa que la sociedad no obtuvo hasta aquí nunca de la jesuítica moral burguesa religiosa, siendo esta la negación de las leyes sabias, inalterables, eternas de la naturaleza.

Entonces desaparecerá para siempre la enorme falange de los masturbadores.

Entonces desaparecerán los grandes males que se derivan de la abstinencia, como son la locura, el histerismo, la catalepsia, la ninfomania, la satiriasis.

Entonces no habrá ya motivo para que exista la prostitución, y con ella desaparecerán también los delitos contra natura, que forman una de las grandes plagas del siglo presente.

Entonces no ocurrirá ya a la mujer, a la compañera del trabajador, que considera toda gravidad como una maldición del cielo.

Entonces el gusano del afán cesará de corroer el corazón de los padres por la incertidumbre sobre el porvenir de la propia prole.

Entonces, solamente entonces, la familia hoy muy a menudo devastada por el parricidio, por el uxoricidio, por el fratricidio, será elevada a la última expresión humana.

Como el amor de patria, rotas las funestas barreras del viejo prejuicio, se funde poco a poco en el amor cosmopolita, el amor egoista de la familia con igual constancia tiende a fundirse en la humanidad.

Es la secreta aspiración de las masas, es el más bello ideal de los anarquistas.

¡Noble aspiración, caro ideal, que en un porvenir no lejano nos aportarán los mejores frutos!

LA RELIGION O FE EN LO SOBRENATURAL Y LA CIENCIA

Con la palabra religión se quiere significar comúnmente el culto a una divinidad cualquiera a la que ordinariamente se atribuyen la creación de la naturaleza-universo y la emanación de aquellas leyes que gobiernan la naturaleza.

De ahí precisamente la denominación de *fe en lo*

sobrenatural, que se dá a todos los cultos religiosos, es decir fe en divinidades creadoras y reguladoras de la naturaleza.

La fe en lo sobrenatural o fe en leyes divinas, nació de la ignorancia de las leyes naturales con que la eterna naturaleza viviente se gobierna por sí misma en su todo infinito.

La errónea creencia o fe en lo sobrenatural es la primera dificultad con que tropezó el débil espíritu del hombre apenas surgió de la animalidad.

Los primates, que merecieron el título de hombres vírgenes de saber, pobres de espíritu, ante el espectáculo de los diversos fenómenos terrestres y celestes, ante el contraste de los fenómenos mismos — el resplandor de los relámpagos, las lluvias torrenciales, los vientos enfurecidos, y luego la aparición del sol benéfico, la sonrisa del cielo, etc. — debieron permanecer profundamente impresionados.

Entonces ciertamente se preguntaron también el por qué de estos fenómenos y, primer error, afectados por la falaz apariencia de las cosas, en lugar de adivinar en ellas la manifestación de leyes naturales, propias de la naturaleza misma, imaginaron la presencia de seres omnipotentes, buenos y malos, palpables y ocultos.

De esta errónea suposición, nacieron los primeros ruegos al sol benéfico, los primeros conjuros al fulgor destructivo, las primeras ofrendas — sacrificios —para implorar benevolencia y protección.

Del fetichismo — idolatría — surgió la fe en los dioses antropomorfos (a semejanza del hombre).

Con estos parece que el hombre ha tratado antes de explicar el orden admirable de la naturaleza.

Los antiquísimas cosmogonias chinas nos presentan a Puk-Vese, un viejo exhausto por el trabajo, provisto de buril y martillo, dedicado a la ordenación de la materia informe.

Nació después la idea no menos absurda de la creación.

Divinidades omnipotentes sacan el universo de la nada, con admirable desenvoltura.

Moisés, el escritor del primer capítulo de la Biblia, llegó al colmo de la locura en esa carrera vertiginosa por el reino de lo fantástico.

Desde su primer resurgimiento a su declinación, innumerables fueron las graduales modificaciones que en el curso de los siglos sufrió la fe en lo sobrenatural.

Nos lo atestiguan las religiones hoy existentes en las diversas partes del globo, en diverso grado de desarrollo, y ejemplos variadísimos nos presenta la historia de las desaparecidas.

La historia del humano progreso nos demuestra que es persistente, congénito en el hombre con la razón, la necesidad de explicar el por qué, el cómo y el cuando de las cosas.

Cuando no puede descubrir, supone, inventa, seducido a menudo por falsos ideales que, alejandolo miserablemente de la realidad, lo condenan a amar desilusiones.

Es el eterno espíritu de progreso que engendró la ciencia, llevado por la razón, noticia segura de algo, dependiente del verdadero conocimiento de sus principios, teniendo por único fin: la investigación de la *verdad*."

En el curso de los siglos, a medida que la ciencia multiplicaba sus descubrimientos, hemos visto que las religiones, no pudiendo negar los hechos, eran obligadas a modificar sus absurdos artículos de fe, con esto de peyorativo, que hacían eso forzadamente, pues todo gran descubrimiento científico era casi siempre la condena irrevocable de una superstición religiosa.

Hoy finalmente la ciencia ha vencido. La fe, el coloso de pies de arcilla, con sus dioses, los grandes

espantajos de las conciencias, ha caído.

La luz de la verdad expulsó las tinieblas del absurdo elevado a verdad de fe, pero ¡cuán larga fué la contienda, y cuántos genios cayeron en ella víctimas del intolerante fanatismo religioso!

¿Quién no conoce ahora las maravillosas conquistas de la ciencia moderna?

Obrero ¿observaste alguna vez como de un granito de semilla se desarrolla un arbusto, crece, se hace planta, da a menudo las más bellas flores, los mejores frutos y luego, envejecido, muere, se disuelve, para volver a convertirse en materia elemental y servir a la sucesiva formación de otras plantas, de otras flores y de otros frutos?

Ahora bien, la física, la química, la mecánica celeste nos demuestran con datos positivos, irrefutables, cómo en una nebulosa, materia gaseosa elementarísima, desde un pequeño centro de condensación (fuego), en virtud de la ley de atracción, se desarrollan los sistemas planetarios, los soles, los planetas, sus satélites, que pueblan el universo infinito.

La ciencia nos prueba hasta la evidencia cómo estos soles (estrellas fijas), esos planetas (mundos) etc., florecitas del infinito, dados los más bellos frutos, envejecidos, morirán, se disolverán para convertirse otra vez en energía, eter, nebulosa, y servir a la sucesiva formación de otros soles, de otros mundos, por un giro indefinido, eterno, del tiempo, sin que se pierda un átomo de materia porque al infinito no se le puede quitar nada, no se le puede agregar nada; porque, enseña la química, es imposible que un átomo se cree o se destruya (v. *El mundo antes de la creación del hombre*, por Flamarion).

Los mundos nacen, se desarrollan y se disuelven continuamente en los espacios y de los sistemas disueltos surgen otros, que a su vez en los tiempos lejanamente futuros cederán el puesto a los nuevos que se formen (v. "Lezioni sull'uomo", según la teoría de la evolución, profesadas por Morselli en la Universidad de Turín).

No se detienen aquí las conquistas de la ciencia.

Visto el absurdo de la hipótesis de una creación de la nada, de una creación sobrenatural, el hombre de ciencia, desde el principio de este siglo, se ha preguntado: ¿Cuál fué el origen del mundo orgánico? ¿Cuál el origen de los animales y de las plantas que pueblan la tierra? Y dijo después al teólogo: —Sobre la fe de la sagrada Biblia tú afirmas que fué uno solo para cada especie, la pareja de animales creada desde el principio por tu dios.

Tomemos por ejemplo la especie de los perros y de los hombres.

—¿Cómo es que de una sola pareja de perros salida de las manos del creador, tuvieron origen tantas variadísimas razas como vemos a partir del perrito que entra comodamente en un bolsillo de tu sobretodo, al alano, al terranova, al lebrel, al danés, al gran San Bernardo? ¿Cómo es que de una sola pareja de hombres, macho y hembra, se formaron la raza negra, la blanca, la mogola, etc? — De la primera pareja de perros y de la primera pareja de hombres, a través de muchas generaciones, surgieron las razas aludidas y éstas necesariamente fueron producto natural, responde el teólogo.

—Por tanto, replica el hombre de ciencia, la naturaleza tanto en el reino animal como en el vegetal, tiene sus leyes propias en virtud de las cuales un ser orgánico, es decir un animal o una planta, por el camino de lentas y sucesivas modificaciones determinadas por el ambiente, etc., y trasmitidas y heredades de padre a hijo, puede separarse de tal modo de su prototipo como para perder todos los caracteres de la raza, formando una especie nueva.

El campesino, con la perspicacia que lo caracteriza, nos dice que entre la zorra, el perro, el lobo,

la hiena, el chacal, existe un parentesco no lejano.

Así, entre el caballo y el asno, que todavía se fecundan entre sí, así entre el canario y el jilguero, entre el conejo y la liebre, etc.

Precisamente del estudio de estas leyes, la ciencia moderna, con un Buffon, un Geoffroy-de-Saint-Hilaire, un Darwin a la cabeza, ha llegado a demostrarnos cómo del ínfimo gusanito, de una célula viviente, producto natural, espontáneo de la materia, por vía de lentísimas y progresivas modificaciones, en el curso de millones de años, han tenido origen sucesivamente, desarrollándose los unos de los otros, los moluscos, los peces, los anfibios, los reptiles, los mamíferos, y entre estos el hombre.

Y la geología, nacida ayer sin embargo, ¡maravillosa previsión de la naturaleza! — como si el descubrimiento de las mencionadas leyes no bastase, la geología con la innumerable cantidad de animales y plantas fósiles encerrados en los profundos estratos terrestres, viene a confirmarnos luminosamente la progresiva evolución del reino orgánico.

Bien ordenados, los más simples a partir de los estratos más bajos y así sucesivamente, por orden en una escala ascendente, la naturaleza en millones de años conserva fosilizados (petrificados), los animales y las plantas, que de acuerdo a sus leyes inmutables, se desarrollaron en las épocas geológicas trascurridas.

El hombre, surgido de los monos antropomorfos, forma el último anillo de la cadena evolutiva del reino animal.

Espíritu del hombre, alma humana, sentencia con toda franqueza el psiquiatra moderno, tú no eres más que una manifestación de aquella energía que es esencial a la naturaleza toda.

"La naturaleza se continúa en el hombre sin oposición o interrupción. Naturaleza y hombre forman una sola realidad cósmica" (Morselli, op. cit.).

Pero ¿el libre arbitrio, la razón, la conciencia? — siento murmurar.

¿El alma, querréis decir?

Por los rastros del libre arbitrio, de la razón, de la conciencia, tratad de buscar el alma en un niño recién nacido, cuya inteligencia está al nivel de la de las ostras; buscadla en una persona adormecida o desvanecida, idla a estudiar a los hospitales en ciertos cretinos que no tienen siquiera la conciencia del propio yo, buscadla en los imbéciles.

Basta una gota de sangre de más en el cerebro, para hacer desaparecer vuestra alma, oh teólogos!

La creencia en el alma, espíritu inmortal, como la de un dios, no tiene ya sentido común; hacen sonreir al estudiante de ciencias naturales, como harían sonreir a cualquier profano de la ciencia el que quisiera atribuir al magnetismo y a la electricidad cualidades espiritistas sobrenaturales.

La fe en lo sobrenatural, el espiritismo en todo el sentido de la palabra, ha cumplido su época.

Desde todas las cátedras universitarias del globo se tributa el culto racional a la eterna naturaleza viviente.

Es el culto de Teletes, de Empídocles, de Heráclito, de Demócrito, de Xenófanes, de Epicuro, de Lucrecio, etc., los grandes, los excelsos filósofos de la edad antigua, los vaticinadores de las conquistas de la ciencia moderna.

Tal la religión oficial del mundo científico, y concluiré con un escritor francés, vosotros, oh teólogos, vosotros, sacerdotes de cualquier iglesia, vosotros, sostenedores de la fe en lo sobrenatural, del absurdo elevado a dogma, podéis contrastar todavía por algún tiempo la difusión en el pueblo, pero no está ya en vuestro poder aniquilarla.

LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS Y LAS COSAS QUE TIENEN QUE SUCEDER

En los primeros años de la era vulgar, en aquella Roma bajo cuyo dominio yacía el viejo mundo, en aquella Roma que había elevado al culto de los altares, durante su vida, a un César, a un Calígula, el despotismo de los gobernantes, la venta de los más altos y delicados cargos, las intrigas de los cortesanos, las venalidades de los funcionarios públicos, la degradación religiosa, el adulterio y la prostitución ostentosas, el máximo cinismo en las calles y en los palacios de los patricios, los patricios soberbios, sin corazón, arrojando el oro a manos llenas en saturnales escandalosas y en cambio, los esclavos innumerables considerados poco más que brutos, todo indicaba que las bases del poder, de la fe y del sentimiento se habían sacudido.

Sin embargo, en los bajos fondos sociales, los principios de la igualdad moral, de amor y de caridad, predicados centenares de años antes por Budha, por Confucio y por Filon, y por el reformador Jesús, unidos al culto monoteísta más simple, abrían nuevos horizontes a la clase de los desheredados, de los oprimidos, de los esclavos.

Los poetas, los filósofos, la gente de corazón y de sentimiento, decían que se preparaba una gran revolución moral y religiosa.

Los que disfrutaban, entusiastas con el presente, enfatuados por las falsas glorias del pasado, confiados en el prestigio de las legiones que habían subyugado al mundo, rieron al principio. Cesaron de reir y persiguieron a los afiliados a la nueva secta, cuando los vieron asustados acrecentar enormemente su número. No desestimaron el recurso de inventar infames calumnias; pero nada valió, y al precio de millares de mártires, la nueva fe se levantó so

bre las ruinas de los antiguos cultos, la igualdad moral se convirtió en un hecho cumplido, el amor y la caridad consiguieron suavizar un poco la dureza de los corazones, el esclavo se transformó en siervo de la gleba...

Al finalizar el siglo pasado, Voltaire, descubriendo que el progreso científico intentaba libertarse resueltamente de las trabas del catolicismo fosilizado en el dogma, descubriendo que los antiguos privilegios de la nobleza, del clero estaban irremisiblemente condenados por el progreso moral y social, dijo: "Todo lo que veo echa las semilla de una revolución que vendrá irrevocablemente. La luz está de tal modo difundida que aparecerá a la primera ocasión".

También entonces rieron los ricos, los confiados en la fuerza de los ejércitos y en la del prejuicio con que el cura creía tener eternamente encadenado al pueblo.

Y la revolución vino terrible, inesperada, como sacudida telúrica (1789).

Hoy, más que nunca en los diversos estados decrépitos, la caza desenfrenada al poder, la impúdica cortesanería, el affairismo misterioso, la venalidad y la arrogancia de los funcionarios públicos, los magistrados serviles con los ricos, que no se preocupan de la plebe, las leyes inicuas y mentirosas, los oficios más sagrados convertidos en instrumento de lucro, los despojos francos y secretos, los impuestos directos e indirectos desproporcionados, exorbitantes, las deudas públicas en continuo aumento, el egoísmo y la ambición único estímulo a la actividad en la clase acomodada, las tabernas, la especulación, las quiebras dolosas y la usura en continuo aumento, la vida de ociosidad de la burguesía, altiva, despreciadora, sin corazón, la inmoralidad triunfante con el latrocinio, la prostitución, el adulterio

y la sodomía en guantes amarillos, la fe en lo sobrenatural deshecha por el progreso prodigioso de la ciencia y de la filosofía, el ateismo profesado abiertamente, el desprecio manifiesto del pueblo por el cura, en el cual vé a un parásito eternamente ligado, por razón de interés, a los explotadores, al Estado que vive de las plebes hambrientas, las crisis continuas, el número enorme de los desocupados, el exodo espantoso de la emigración, los actos espontáneos de solidaridad entre los obreros de los diversos oficios, de las diversas ciudades, de las diversas provincias y de las diversas naciones, los organismos de resistencia, las huelgas incesantes, colosales, las sacudidas, las represiones sangrientas, el odio profundo de la clase explotada contra la explotadora, opresora, y, por último, la nueva moral que nace en el bajo pueblo, donde tanto se sufre, moral ignorada por el rico que disfruta, moral que fascina a los desheredados, templándolos en la nueva fe, en la nueva esperanza, en el nuevo valor, — todos estos signos nos anuncian un cataclismo social de que la historia no nos presenta ejemplo.

A diferencia del pasado, siendo hoy general la previsión de lo que debe suceder en breve plazo, la burguesía amedrentada, después de haber apuntado inútilmente las armas del ridículo, de la calumnia y de la persecución a la idea que crea mártires y asegura la victoria de la causa, intenta el último desesperado expediente: el de la desfiguración.

Todos los burgueses hacen ya profesión de socialismo. Se dicen el partido del orden, de los bien pensantes, de la evolución.

También ellos quieren la igualdad social y hasta la revolución, pero no es todavía tiempo, es preciso aprovechar la papeleta electoral, hay que dormir todavía un poco... y sobro todo, si se quiere que las cosas se arreglen pronto y bien, no hay que dar oído a los anarquistas, *delincuentes natos, material de presidio*, o por lo menos, de manicomio, a quienes proveen los gobiernos.

Vanas calumnias, vanas persecuciones, vanas desfiguraciones, falaces esperanzas.

El ideal anarquista seduce y se expande en todas partes con una celeridad tan prodigiosa que en treinta años hizo más camino que el cristianismo en trescientos.

Son millones los esclavos modernos elevados a la dignidad de hombres que en el nombre de la moral anarquista se rebelan, intentan continuamente quebrantar las cadenas, sustituyendo el grito de *charitas* de los primeros cristianos, grito que santifica la desigualdad, la explotación, por el de *justicia*.

Las persecuciones despiadadas, las viles calumnias, no hacen más que dar mayor impulso a su causa que arrastra vertiginosamente a la humanidad hacia el drama final.

¿Y cómo y cuándo estallará la huelga universal, la revolución?

No lo sabemos.

Lo que sabemos de cierto es que en los grandes centros de todo el mundo, en Francia como en Rusia, en España como en Inglaterra, en Bélgica como en Austria, en Alemania como en Holanda, en América como en Australia, en todas partes las masas de los trabajadores, unidas por secreto pacto de fraternidad y solidaridad, se agitan febrilmente impacientes por sacudir el yugo de la secular tiranía.

Innumerables son los signos que comprueban que la hora fatal se aproxima, y es por eso que recomendamos con toda la fuerza de las convicciones a aquellos que tienen sangre de rebeldes y amor a la justicia, que estén listos.

El día en que las masas de los trabajadores moralmente emancipados, obedientes a la imperiosa voz de la conciencia, bajen al campo de la lucha, las barreras entre Estado y Estado caerán como por

encanto, los ejércitos se desharán como nieve al sol y los hermanos oprimidos bajo las armas darán la mano a los hermanos oprimidos en los campos y en las fábricas.

Abolido el presente orden de cosas basado en la desigualdad ,en la explotación y en el despotismo, inaugurada la era de la verdadera libertad, de la verdadera fraternidad, de la verdadera igualdad y de la verdadera solidaridad universal, en la confusión inevitable de los primeros tiempos, a muchos inexpertos habituados a obrar por impulso del amo, y a tener siempre el bozal en la boca como los animales de carga y de tiro, a hacer el oficio de máquinas humanas, les ocurrirá tal vez que se encuentran solos, sin apoyo, y desorientados como para deplorar la antigua servidumbre. Así ocurrió otras veces a los esclavos puestos de improviso en libertad.

Pero será un temor pasajero, un espanto que en toda revolución asalta inevitablemente a los que no comprenden, a los que nunca quisieron comprender la necesidad, la utilidad, el deber de estudiar las reformas que continuamente son impuestas por el progreso moral y social.

La desaparición definitiva de los innumerables explotadores, el impulso extraordinario que adquirirá la producción libremente organizada sobre la base de la perfecta solidaridad serán fuentes de tal y tanto bienestar que incluso los más escépticos, los eternos adoradores del pasado no tardarán en reponerse.

Será la nueva edad de oro, el éden legendario, el paraíso terrestre, calentado por los rayos purísimos de la anarquía.

NOTAS

(1) *La abolición completa, inmediata, sin transición ni sustitución alguna de las cortes y de los tribunales, es una de las primeras necesidades de la revolución...*

La supresión de las autoridades no puede sufrir vacilación. Desde el punto de vista de los principios, la justicia constituída no es más que una fórmula de despotismo, por consiguiente una negación de la libertad del derecho. Allí donde dejáis subsistir una jurisdicción, habréis elevado un monumento de contrarrevolución, del cual surgirá tarde o temprano una autocracia política o religiosa. (*Proudhon*, Idea general de la revolución en el siglo XIX).

(2) *Aunque el trabajo de administración sea un trabajo como cualquier otro, nos parece que podría eludirse en la anarquía. Lo mismo pensamos a propósito del racionamiento de los artículos en deficiencia. El lector adquirirá la misma convicción por poco que profundice en el estudio de las teorías anarquistas.*

(3) *Comunistas (autoritarios) fueron Platón, Pitágoras, Campanella, Moro, Owen, Cabet, Babeuf, Carlos Marx, Saint-Simon y otros.*

(4) *De todos modos se oprime a los hombres: directamente, con la fuerza bruta, con la violencia física, sustrayéndolos a sus medios de subsistencia y reduciéndolos así a discreción. El primer modo es el origen del poder, es decir del privilegio económico;*

el segundo es el origen del poder, es decir del privilegio político (*Malatesta*, La Anarquía).

(5) *Los partidos han calificado como malos ciudadanos a estos sabios y graves filósofos de los intereses materiales — anarquistas abstencionistas en las elecciones políticas — que no se mezclaban en las saturnales de la intriga; los partidos tienen horror a la inercia política, metal sin poros sobre el cual no puede morder ninguna dominación. Es tiempo de tener en cuenta a esos legendarios de la abstención, porque es en ellos donde reside la democracia; es en ellos donde reside la libertad, tan exclusivamente, tan absolutamente que esa libertad no será conquistada para la nación más que el día en que el pueblo entero imite su ejemplo.*

Para dilucidar mi demostración tengo que examinar dos cosas.

En primer lugar ¿cual es el objeto del voto político?

En segundo lugar ¿cual debe ser inevitablemente su resultado?

El voto político tiene un doble propósito: el uno directo, el otro indirecto. El primer propósito del voto político es constituir el poder; el segundo es, una vez constituído el poder, hacer libres a los ciudadanos y reducir las cargas que pesan sobre ellos; y además hacerles justicia.

Tal es, si no me engaño, el objetivo confesado del voto político en sí mismo. Por tanto, yendo a votar y por el solo hecho de su voto, el elector confiesa que no es libre y trasmite al que él elige la facultad de libertarlo; confiensa que es perjudicado y admite que el poder electo tiene la potencia de indemnización; declara querer ver establecida la justicia y concede a su delegado plena autoridad para juzgarlo.

Muy bien. Pero reconocer a uno o más hombres el poder de libertarme, de indemnizarme, de juzgarme,

¿no es poner fuera de mí la propia libertad, mi destino, mi derecho? ¿No es admitir formalmente que ese o esos hombres que pueden libertarme, indemnizarme, juzgarme no sólo quedan dueños de oprimirme, de arruinarme, de juzgarme mal, sino también que están en la imposibilidad de proceder de otro modo, dado que al ponerlos en lugar de todos mis derechos, yo no tengo ya derechos, y que al proteger el derecho no tienen que proteger más que a sí mismos?

Si yo pido algo a alguno, admito que este alguno tiene lo que yo le pido, pues sería absurdo que yo hiciese una petición para obtener lo que está en posesión mía. Si yo tuviese el uso de mi libertad, de mi fortuna, de mi derecho, no iría a pedirlos al poder. Si los pido al poder es probablemente porque es su posesor y, si es su posesor, no veo qué lección debe recibir de mí relativamente al empleo que juzga oportuno hacer de ellos.

¿Pero de qué modo se encuentra el poder en posesión de lo que me pertenece? ¿De quién lo ha tenido! El poder, tomando por ejemplo el que tenemos, se compone del señor Bonaparte que, sólo ayer, era un pobre proscrito sin mucha libertad y con menos dinero que libertad. De setecientos cincuenta Júpiteres tonantes, que vestidos como todos los demás y no mejor que nosotros, me atrevo a decirlo; de siete u ocho ministros y de sus adeptos, la mayor parte de los cuales antes de sacar la cola del preventivo, sacaban la del diablo con tanta obstinación al menos como el primer venido entre los escribas a tanto la línea; ¿Cómo es que esos pobres miserables de ayer son mis amos de hoy?

¿De quién han tenido estos señores el poder en cuyo seno habéis colocado toda libertad, toda justicia? ¿De quién es la causa de las persecuciones, de las imposiciones y de las iniquidades bajo las cuales ge-

mimos todos? De los votantes, evidentemente.

La Constituyente que ha comenzado a abrir el baile, el señor Bonaparte que ha continuado la instrumentación, la Legislativa que ha venido a reforzar la orquesta, todo eso no se ha hecho por sí mismo. No, todo eso es el producto del voto. A los que han votado la responsabilidad de lo que se ha hecho y de lo que sigue haciéndose.

Esa responsabilidad no la aceptamos, nosotros, demócratas del trabajo y de la misma abstención; id a buscar en otra parte, no en nosotros, la solidaridad con las leyes opresivas, con los reglamentos inquisitoriales, con los degüellos, con las ejecuciones militares, con los encarcelamientos, con las deportaciones, con la crisis inmensa que aplasta al país. Id, manifacos del gobierno, a golpear vuestro pecho y a prepararos para el juicio de la historia. Nuestra conciencia está tranquila. Es ya demasiado que por un fenómeno que repugna a toda lógica, tengamos que sufrir un yugo que vosotros solos habéis fabricado. Es ya demasiado que, con vuestra libertad, se haya ido la nuestra. Y también es demasiado el que hayáis dado, junto a lo que os pertenece, lo que debía ser inviolable y sagrado: ¡la libertad y la fortuna ajenas! (v. L'anarchie c'est l'ordre, *cap. II, de A. Bellegarrigue, París* 1850).

(6) *Es el principio de justicia sobre el que se apoya de modo particular la ley moral natural, principio que se impone a la conciencia de los hombres todos, independientemente de los tiempos, de los lugares, de los usos y costumbres. Todos los gobiernos y todas las religiones lo han puesto en el frontispicio de sus códigos civiles y religiosos, y sin embargo religiones y gobiernos fueron siempre su negación.*

¿Por qué?

Porque es precisamente la negación, la condena de toda ley positiva, de toda autoridad divina y humana.

UNIVERSIDAD POPULAR
"ALEJANDRO KORN"
BIBLIOTECA
FRANCISCO POMERO DELGADO

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU —

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" (1886-1873). — 132 págs. . . . $ 0.50
Edición especial, papel pluma . . . . . " 1.—
Encuadernado en tela . . . . . " 2.50
"Errico Malatesta, la vida de un anarquista". Trad. de D. A. de Santillán. — 262 págs. . . . . " 1.20
Edición especial, papel pluma . . . . . " 2.—
Encuadernado en tela . . . . . " 3.50
"Fernand Pellouttier y el sindicalismo", folleto . . . . . " 0.15

RUDOLF ROCKER —

"Johann Most, la vida de un rebelde". — Prólogo de A. Berkman. Dos tomos de 350 páginas cada uno. Precio, cada tomo . . " 1.50
"La maldición del practicismo". — 32 págs. " 0.10

RUDENKO —

"En Ukrania. — La sublevación papular anarquista". — Trad. del ruso, por J. Company . . . . . " 0.15

JAMES GUILLAUME —

"Miguel Bakunin". — (Noticias biográficas. 42 páginas . . . . . " 0.20

MIGUEL BAKUNIN —
(*Obras completas*)

I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Trad. de D. A. de Santillán. Un volu

men de 329 págs. . . . . $ 1.50

II "La Revolución Social en Francia" — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau. Un volumen de 287 págs. . . . . " 1.50

III "Consideraciones Filosóficas." — Prologo de Max Nettlau. Un volumen de 350 páginas . . . . . " 1.50

IV "Dios y el Estado" — Prólogo de Max Nettlau. Un volumen de 276 págs. . . " 1.50

Los mismos, encuadernados en tela . " 3.50

ERRICO MALATESTA —

"Anarquía" — 48 páginas . . . . . " 0.20

"En el Café" — Trad. de D. A. de Santillán. Prólogo de Luis Fabbri, 108 págs . " 0.30

PEDRO KROPOTKIN —

"Conferencias. — I) El Estado, su rol histórico. El Estado Moderno. — Uu volumen de 146 páginas . . . . . " 0.50

Encuadernado en tela . . . . . " 1.50

"A los jóvenes" — 28 págs. . . . . " 0.10

LUIS FABBRI —

"Cartas a una mujer sobre la anarquía — Un tomo de 110 págs. . . . . " 0.50

"Influencias burguesas sobre el anarquismo" —48 páginas . . . . . " 020

C. LOMBROSO y R. MELLA —

"Los anarquistas". (Estudio y réplica) — Un volumen de 166 páginas . . . . . " 1.—

NIDO, ROCKER y NEMO —

"Nacionalismo y anarquismo"—64 págs. . " 0.20

S. RADOWITZKY —

"La voz de mi conciencia" — 16 págs. . . " 0.10

SEBASTIAN FAURE —

"Mi Comunismo. (La felicidad universal)" —Un volumen de 432 págs. . . . . " 2.—

Encuadernado en tela . . . . . " 3.50

"TEMAS SUBVERSIVOS"

Un volumen de 350 páginas . . . . . $ 1.50

También se vende en folletos con los siguientes títulos, a 10 centavos cada uno:

La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. —El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. —La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.

J. DEJACQUE —

"El Humanisterio" — Un volumen de 142 páginas. Pról. de M. Nettlau y E. Reclus $ 0.50

WILLIAS MORRIS —

"Noticias de ninguna parte" . . . . . " 1.—

ELISEO RECLUS —

"A mi hermano el campesino" . . . . . " 0.10

"La Anarquía y la Iglesia" . . . . . " 0.10

JUAN CRUSAO —

"Carta Gaucha". 7.a edición . . . . . " 0.10

D. A. DE SANTILLAN —

"La jornada de seis horas" — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. 28 págs. . . " 0.10

AGUSTIN SOUCHY —

"La Ukrania revolucionaria" Resultado de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920. — Uun volumen de 62 págs. . " 0.30

VARIOS

"Certamen Internacional de LA PROTESTA" — 160 páginas en 4.o, encuadernado en tela . . . . . " 2.—

CERTAMEN INTERNACIONAL

DE

"LA PROTESTA"

Un volumen de 160 páginas en 4.°, texto a dos columnas, encuadernado en tela. Precio: $ 2.00.

Contiene el siguiente sumario:

Max Nettlau: *Contribución a la bibliografía anarquista de la América latina hasta* 1914.

D. A. de Santillán: *"La Protesta", su historia, sus diversas fases y su significación en el movimiento anarquista de la América del sur.*

J. C. Valadés: *Sobre los orígenes del movimiento obrero en México. — Documentos para la historia del anarquismo en América. — Noticias para la bibliografía anarquista en México.*

E. López Arango: *Doctrina y táctica. — El problema de la tierra y la cuestión campesina.*

L. Fabbri: *Las dictaduras contra la libertad de los pueblos.*

Hugo Treni: *Diez años de reacción en Europa.*

B. Aladino: *La Asociación Internacional de los Trabajadores*

UNIVERSIDAD POPULAR
"ALEJANDRO ORN"
DIGITAL
Prof. FRANCISCO [illegible] DELGADO
Inventario Nº 1069
Procedencia DOC.

LA PROTESTA

Trabajadores: El vocero de las rebeldías populares, el látigo que fustiga a los tiranos y a los malvados; esta antorcha de luz que ilumina el camino de la emancipación a los pueblos irredentos —LA PROTESTA— pregona todos los días la necesidad de que el proletariado se capacite en el estudio de los problemas que le afectan.

Los que alienten en su pecho ideas generosas y sientan en su corazón palpitar el ideal redentor, encontrarán en LA PROTESTA el impulso animador de sus energías y la voz fraterna que habla de los dolores, de las angustias y de los anhelos de los esclavos insumisos.

LA PROTESTA está escrita por trabajadores, para trabajadores. Pregona siempre el ideal redentor, la justicia social, el odio santo de los oprimidos y vejados por el capital y el Estado. Es vuestro paladín, vuestra barricada, trabajadores.

Pida LA PROTESTA y el SUPLEMENTO a los canillitas, o suscríbase, dirigiéndose directamente a la administración, Perú 1537, Buenos Aires.

men de 329 págs. . . . . $ 1.50

II "La Revolución Social en Francia" — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau. Un volumen de 287 págs. . . . . " 1.50

III "Consideraciones Filosóficas." — Prologo de Max Nettlau. Un volumen de 350 páginas . . . . . " 1.50

IV "Dios y el Estado" — Prólogo de Max Nettlau. Un volumen de 276 págs. . . " 1.50

Los mismos, encuadernados en tela . " 3.50

V "Estatismo y Anarquía". Un volumen de 320 páginas . . . . . „ 1.50

ERRICO MALATESTA —

"Anarquía" — 48 páginas . . . . . " 0.20

"En el Café" — Trad. de D. A. de Santillán. Prólogo de Luis Fabbri, 108 págs . " 0.30

"En Tiempos de Elecciones" . . . . . „ 0.10

PEDRO KROPOTKIN —

"Conferencias. — I) El Estado, su rol histórico. El Estado Moderno. — Uu volumen de 146 páginas . . . . . " 0.50

Encuadernado en tela . . . . . " 1.50

"A los jóvenes" — 28 págs. . . . . " 0.10

LUIS FABBRI —

"Cartas a una mujer sobre la anarquía — Un tomo de 110 págs. . . . . " 0.50

"Influencias burguesas sobre el anarquismo" —48 páginas . . . . . " 020

C. LOMBROSO y R. MELLA —

"Los anarquistas". (Estudio y réplica) — Un volumen de 166 páginas . . . . . " 1.—

NIDO, ROCKER y NEMO —

"Nacionalismo y anarquismo"—64 págs. . " 0.20

S. RADOWITZKY —

"La voz de mi conciencia" — 16 págs. . . " 0.10

SEBASTIAN FAURE —

"Mi Comunismo. (La felicidad universal)" —Un volumen de 432 págs. . . . . " 2.—